UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

NADA HUMANO ME ES AJENO

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

Editar para comprender:
oficio editorial y divulgación desde la creación literaria

INFORME POR MEMORIA DE EXPERIENCIA PROFESIONAL
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN CREACIÓN LITERARIA

PRESENTA

Rosa María del Ángel Martínez

Lectoras

Mtra. María Teresa Dey López

Mtra. Elia Sánchez Gómez

Ciudad de México, diciembre 2025.

UACM
Universidad Autónoma de la Ciudad de México
Nada humano me es ajeno

CA Coordinación Académica

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO
COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS©

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

Índice

Introducción **6**
1. Planteamiento del problema 6
2. Objetivo general 8
3. Objetivos específicos 8
4. Justificación 9
5. Metodología 10
Marco teórico **12**
El editor y el corrector: perspectivas teóricas 13
Edición digital y acceso abierto: una mirada profesional 14
Divulgación como práctica literaria y profesional 16
Enfoques metodológicos: autobiografía, práctica editorial y teoría de la edición 18
Marco contextual **21**
Panorama general 22
Primeros aprendizajes y revistas universitarias 23
Desarrollo profesional y competencias técnicas 24
Experiencia en la revista *Educación Química* 26
La *Revista Digital Universitaria*: consolidación en divulgación y formación 26
Capítulo 1. La edición digital: un campo profesional en movimiento **31**
Introducción 32
De la maquetación a la publicación electrónica 34
Transición de lo impreso a lo digital 37
Reflexión crítica sobre la edición digital 38
Capítulo 2. La corrección de estilo como práctica literaria **42**
Introducción 43
Aplicación de conocimientos lingüísticos y literarios 45
Corrección en distintos registros 47
Problemas comunes y soluciones editoriales 50

Capítulo 3. Escritura y divulgación: encuentros creativos 55
Introducción 56
Diseñar y coordinar talleres: del laboratorio de ideas a la práctica editorial 57
Acompañamiento a autores y colaboración con expertos 61
Actividades de formación y divulgación 67
Jornadas de divulgación 67
Asesorías en escritura académica y normas de citación 68
Contribución a la formación de habilidades profesionales 70
Vínculo con la creación literaria 70
Discusión: aprendizajes, retos y reflexiones en primera persona 74
Conclusiones: logros, desafíos y caminos por recorrer 81
Referencias: voces y lecturas que guiaron el recorrido 89
Anexos: instantes y recuerdos de la práctica 93

Resumen

Esta memoria de experiencia profesional reflexiona sobre mi desempeño como editora, correctora de estilo y promotora de la divulgación de las ciencias, las artes y las humanidades en diversos proyectos de la UNAM y en iniciativas relacionadas con la creación literaria y la publicación digital. Durante mi formación en la licenciatura en Creación Literaria de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM) adquirí herramientas teóricas y prácticas que me permitieron consolidar habilidades profesionales en el ámbito editorial, en particular en la edición y corrección de textos para revistas académicas y de divulgación.

Analizo cómo la experiencia en entornos digitales, como la *Revista Digital Universitaria* (RDU), amplió mi perspectiva profesional al enfrentar el reto de equilibrar el rigor académico con la claridad comunicativa para públicos especializados y generales. Asimismo, destaco los aprendizajes obtenidos en la coordinación de talleres de divulgación, asesorías y actividades formativas que fortalecieron mi comprensión sobre cómo transformar el conocimiento en materiales accesibles y atractivos.

Reflexiono también sobre la relación entre la teoría literaria y la práctica profesional: la escritura y el análisis crítico adquiridos en la licenciatura se tradujeron en destrezas para editar, corregir y acompañar a otros autores en la creación de textos científicos y humanísticos. En última instancia, esta memoria ofrece una mirada crítica sobre la intersección entre la formación académica, la práctica editorial y la divulgación y muestra cómo estas experiencias contribuyen a la construcción de un perfil híbrido de creadora literaria y editora.

Palabras clave: edición digital, corrección de estilo, divulgación, revistas académicas, talleres de divulgación.

Dedicatoria

A mamá, guía constante y fuente de alegría, que hizo del esfuerzo un camino amable y de cada día una lección de amor y curiosidad.

A Edna María, hermana elegida y compañera de aventuras, por su presencia luminosa en los días inciertos y por recordarme siempre la valentía, como una verdadera *nakama*.

A León Olivé y Cristina Gutiérrez, por las historias, la hospitalidad y la luz de un hogar tejido con libros.

A Morgana, por la complicidad y las horas compartidas entre textos, ideas y risas.

Y a Frida, Sebas, Camilo, Minie y a quienes ya cruzaron el arcoíris, por su compañía silenciosa y su amor incondicional.

Introducción

1. Planteamiento del problema

Ejercer como editora y correctora de estilo en entornos digitales implica enfrentar múltiples desafíos, especialmente cuando se proviene de una formación literaria y humanística no orientada de manera exclusiva al trabajo editorial. En mi caso, egresada de la Licenciatura en Creación Literaria de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM), el tránsito del aula al ámbito profesional supuso una constante negociación entre la teoría y la práctica. ¿Cómo aplicar saberes narrativos, lingüísticos y críticos en contextos donde se cruzan la academia, la divulgación científica y la tecnología digital?

El problema central que abordo en esta memoria tiene que ver con esos cruces: cómo hacer frente a los retos que conlleva desempeñarse como editora, correctora de estilo y promotora de la divulgación en publicaciones universitarias digitales. Entre esos retos destaco el dominio de herramientas técnicas; la necesidad de adaptar el lenguaje a distintos públicos; el trabajo interdisciplinario y colaborativo; y, por supuesto, la actualización constante en cuanto a formatos, normativas y criterios editoriales.

No se trata de un asunto menor. En el contexto universitario mexicano, la edición y la divulgación digital han crecido de manera exponencial en las últimas dos décadas, desplazando prácticas centradas en la publicación impresa (Delgado López-Cozar, 2015). La emergencia de revistas digitales, repositorios institucionales, plataformas de acceso abierto y sistemas de gestión editorial

como Open Journal Systems (OJS)[1] ha transformado el quehacer de los editores, quienes ya no sólo deben corregir un manuscrito, sino también garantizar su visibilidad en entornos virtuales, su compatibilidad en distintos formatos y su accesibilidad para comunidades académicas y lectoras cada vez más amplias y diversas (García Martínez, 2015).

En ese tránsito, los editores enfrentamos una tensión constante entre lo técnico y lo humanístico. La formación en creación literaria me brindó herramientas críticas, narrativas y discursivas que han resultado fundamentales en la edición universitaria, pero la práctica profesional me ha obligado a aprender, casi siempre de manera autodidacta, lenguajes ajenos: metadatos[2], códigos, licencias, indexación[3]. Este cruce de saberes me llevó a formular la pregunta de fondo que atraviesa todo este recorrido: ¿qué puede aportar una formación en creación literaria a las prácticas profesionales de la edición y a la divulgación digital?

La situación se complejiza si consideramos que, en México, gran parte de la producción editorial universitaria está vinculada con políticas de acceso abierto e iniciativas de divulgación científica. Estas políticas han abierto espacios inéditos de circulación del conocimiento, pero también han impuesto nuevas exigencias a los equipos editoriales: desde la estandarización de metadatos hasta la integración de criterios internacionales de calidad y visibilidad (Alonso, 2017). Quienes trabajamos en este campo debemos, entonces, articular dos dimensiones: la técnica, indispensable

[1] OJS (Open Journal Systems) es un software utilizado para gestionar revistas académicas y científicas que permite organizar artículos, coordinar revisores, asignar identificadores de objeto digital (DOI por sus siglas en inglés) y publicar contenidos de manera digital.

[2] Metadatos: información estructurada que describe y contextualiza un documento o archivo digital, como título, autor, fecha, palabras clave o resumen. Facilitan la búsqueda, organización y recuperación de contenidos en bases de datos y sistemas digitales.

[3] Indexación: proceso mediante el cual una revista o publicación científica se incorpora en bases de datos y catálogos reconocidos, facilitando que los artículos sean localizados, citados y reconocidos por la comunidad académica.

para garantizar la indexación y el alcance de las publicaciones, y la literaria-crítica, que permite sostener la calidad narrativa, lingüística y comunicativa de los textos.

A lo largo de esta memoria, me propongo explorar cómo los conocimientos adquiridos en la carrera —lectura crítica, escritura creativa, análisis del discurso, diseño de estrategias textuales— no sólo se transfieren, sino que se transforman y enriquecen en el ejercicio editorial. Especialmente en proyectos de divulgación científica como los talleres, que se han convertido, para mí, en espacios vivos de mediación, formación y construcción colectiva del conocimiento.

2. Objetivo general

Analizar y reflexionar sobre mi experiencia profesional en edición, corrección y divulgación de contenidos digitales, a la luz de la formación adquirida en la Licenciatura en Creación Literaria de la UACM. Mi propósito es trazar un puente entre el aprendizaje universitario y las prácticas concretas que han configurado mi quehacer profesional.

3. Objetivos específicos

- Identificar los saberes literarios, lingüísticos y editoriales que he logrado aplicar en los distintos proyectos en los que he participado.
- Examinar de qué manera la formación teórico-práctica en creación literaria ha contribuido a resolver problemas reales en el ejercicio profesional.
- Reflexionar sobre el papel que desempeñan la editora y la correctora de estilo en entornos digitales de publicación, especialmente en proyectos universitarios orientados a la divulgación científica.

4. Justificación

Mi tránsito por el campo editorial —marcado por la edición y corrección de publicaciones digitales en ámbitos académicos y de divulgación— ofrece una perspectiva concreta sobre las posibilidades profesionales de la creación literaria. Lejos de limitarse a la escritura creativa, esta formación permite intervenir de manera crítica y activa en procesos de producción de conocimiento.

En las universidades públicas, la labor editorial adquiere un sentido social que va más allá del perfeccionamiento estético del texto. Editar y corregir en estos espacios significa garantizar que el conocimiento producido por investigadores, docentes y estudiantes pueda circular de manera clara, accesible y pertinente. Significa también cuidar que los textos lleguen a públicos no especializados, lo que requiere adaptar discursos académicos densos a lenguajes comprensibles y atractivos sin perder rigor. Aquí, los saberes narrativos y críticos de la creación literaria encuentran un terreno fértil para desplegarse.

Además, esta memoria se justifica en tanto aporta un testimonio singular sobre un fenómeno como la inserción de egresados de literatura en campos tradicionalmente dominados por comunicólogos o especialistas técnicos. Narrar esta experiencia es relevante porque abre la conversación sobre perfiles híbridos que hoy resultan imprescindibles en la producción editorial universitaria.

La reflexión resulta pertinente también porque se desarrolla en un momento de transición: mientras el sistema digital avanza hacia plataformas cada vez más automatizadas, la mirada crítica y literaria sigue siendo necesaria para garantizar que los contenidos mantengan calidad, coherencia y sensibilidad hacia sus públicos. En otras palabras, la memoria pretende mostrar que la edición universitaria digital no sólo requiere destrezas técnicas, sino también sensibilidad narrativa y capacidad para tender puentes entre el conocimiento académico y sus lectores.

Finalmente, documentar este recorrido me permite dejar constancia de un camino formativo y laboral que podría orientar a futuros egresados de carreras humanísticas. Al compartir aciertos, obstáculos y aprendizajes, la memoria se convierte también en un recurso de orientación y reflexión colectiva.

En un país con profundas brechas educativas y tecnológicas, las publicaciones digitales de acceso abierto representan una vía fundamental para democratizar el conocimiento (Ordoñez, 2023). La edición, entendida como arte crítico de acompañar los textos, se convierte entonces en una práctica capaz de ampliar el alcance y la comprensión de los textos, capaz de incidir en la manera en que la sociedad se apropia de los saberes académicos. En este sentido, la presente memoria no se limita a un recuento personal, sino que intenta también contribuir a la reflexión sobre la función social del trabajo editorial universitario en México.

5. Metodología

Este trabajo adopta un enfoque autobiográfico, narrativo y reflexivo. Más que construir un relato lineal de actividades, propongo una escritura ensayística que permita interrogar la experiencia. El género ensayístico me ofrece la flexibilidad de articular anécdotas personales, análisis crítico y reflexión teórica, mientras que el tono autobiográfico me permite situar mi voz y reconocer que toda práctica profesional está atravesada por condiciones concretas de tiempo, espacio y subjetividad.

Los enfoques autobiográfico, narrativo y reflexivo responden también al carácter de la memoria de experiencia profesional, cuyo propósito no es únicamente describir actividades realizadas, sino pensar el oficio desde dentro. En este sentido, recurro a la escritura como herramienta de

indagación: el relato de mis trayectorias laborales se convierte en un laboratorio de reflexión sobre la relación entre literatura, edición y divulgación.

El corpus de análisis está compuesto por los proyectos concretos en los que he participado: revistas universitarias de divulgación científica, talleres de formación, dictámenes editoriales y actividades de asesoría. Cada uno de estos espacios ofrece ejemplos situados para pensar cómo se negocian tensiones entre lo técnico y lo literario, lo individual y lo colectivo, lo académico y lo divulgativo.

La estrategia metodológica se apoya en tres movimientos:

- Reconstrucción cronológica de etapas clave en mi trayectoria.
- Análisis reflexivo de problemas enfrentados y soluciones implementadas.
- Vinculación crítica con los saberes adquiridos en la licenciatura, para mostrar cómo estos se resignifican en la práctica.

Con ello, no pretendo arribar a conclusiones cerradas, sino trazar un mapa de preguntas y aprendizajes que iluminen la labor de quienes, como yo, provienen de la literatura y se desempeñan en la edición y divulgación digital.

Finalmente, el enfoque narrativo-reflexivo me permitirá plantear preguntas abiertas que acompañen la lectura: ¿cómo se transforma la mirada cuando se pasa de escribir ficción a editar artículos científicos?, ¿cómo se negocia el estilo cuando se trabaja con equipos multidisciplinarios?, ¿qué puede aprender una creadora literaria al diseñar e impartir talleres de divulgación? Estas preguntas, más que explorar respuestas definitivas, abren el camino para pensar el oficio desde una práctica situada, que conjuga intuición, formación y crítica.

Marco teórico

El editor y el corrector: perspectivas teóricas

Cuando empecé a trabajar como editora y correctora, lo hice con la sospecha —más intuitiva que teórica— de que corregir también era escribir. Hoy no lo dudo. La edición, en su dimensión más amplia, es una práctica que implica interpretación, toma de decisiones estéticas y éticas, lectura crítica y, por supuesto, escritura. Lejos de ser un oficio menor o un mero acompañamiento técnico a las personas autoras, el trabajo editorial reescribe el texto desde otra orilla: la del lector profesional que dialoga con el original para potenciarlo.

En este sentido, coincido con la postura de Jesús Anaya Rosique, quien concibe al editor como la figura central del circuito social de comunicación del libro. Para él, la esencia del oficio no se encuentra en una definición abstracta, sino en el catálogo que construye: "un editor es lo que publica; la esencia de su tarea está en su catálogo" (de la Mora Campos, 2022). Desde esta perspectiva, el editor no es un personaje opaco ni accesorio, sino un profesional que conjuga múltiples oficios y funciones como descubrir autores y temas, garantizar la calidad de los procesos editoriales, construir y difundir un fondo, organizar la distribución y la venta y procurar resultados que aseguren la continuidad del proyecto.

Desde la teoría literaria, hay quienes han intentado definir este rol complejo. Gérard Genette, por ejemplo, al hablar de los paratextos, sugiere que lo editorial no sólo rodea al texto, sino que lo construye (Genette, 2001). También Umberto Eco —que fue editor, escritor y semiólogo— reconocía la figura del editor como alguien que "escucha" al texto, que sabe cuándo intervenir y cuándo no (Eco, 1996). Es decir, alguien que interpreta con sensibilidad literaria. En este sentido, editar no es sólo aplicar normas, sino entrar en el ritmo del discurso, percibir su tono, prever su recepción.

Por otro lado, el corrector de estilo —ese personaje tantas veces invisible— opera entre dos realidades: la precisión lingüística y el respeto a la voz del autor. No se trata únicamente de "corregir errores", sino de afinar, como se afina un instrumento. A veces basta una coma para salvar el sentido de una frase; otras veces, hace falta reordenar párrafos enteros. Y en todas esas decisiones se activa una mirada crítica profundamente literaria, aunque el texto a corregir sea un artículo de divulgación científica o una nota académica.

En mi caso, esta figura editorial se ha ido construyendo a partir del ejercicio mismo, pero también de una formación que me enseñó a leer con atención, a escribir con conciencia de estilo y a pensar el lenguaje como una herramienta de mediación. Desde los primeros talleres de la carrera, supe que lo literario no se restringía a la ficción. La edición también es un arte literario, hecho de ritmo, tono, intención y mirada crítica. Esa mirada, hoy, es la base de mi trabajo.

Edición digital y acceso abierto: una mirada profesional

Una parte fundamental de mi formación profesional ha ocurrido en el entorno digital. Publicar, editar y corregir en línea no es simplemente trasladar lo impreso a la pantalla; implica reaprender las dinámicas del texto, del soporte y del lector. Lo digital modifica nuestras prácticas, nuestros tiempos y nuestras herramientas. Por eso, cuando hablo de edición digital, me refiero no sólo al uso de plataformas o programas, sino a una manera de leer y escribir para otros, *en* y *desde* lo digital.

En este terreno, conceptos como Acceso Abierto[4] y publicación académica en línea se han vuelto centrales. La edición digital, sobre todo en el ámbito universitario, ha permitido ampliar el alcance

[4] Acceso Abierto (*Open Access*): modalidad de publicación académica que permite leer, descargar y compartir contenidos de manera gratuita, sin suscripción ni pago. Favorece la amplia difusión del conocimiento.

del conocimiento, democratizarlo, hacerlo accesible sin barreras económicas o geográficas (UNAM, 2015). Esta idea del Acceso Abierto no sólo es una política editorial, sino también una postura ética: editar para que otros accedan, corrijan, lean, compartan.

Desde mi experiencia, trabajar en revistas como la *Revista Digital Universitaria* (RDU) me permitió ver de cerca cómo estos principios se aplican en la práctica, desde la selección de textos hasta los criterios de diseño y divulgación. Lo digital exige, por ejemplo, escribir de forma clara, accesible y amigable para lectores que tal vez no lleguen desde el ámbito académico. También implica adoptar lenguajes múltiples —visuales, interactivos, hipervinculados— que transforman la manera en que el texto se presenta y se lee.

El Acceso Abierto, por su parte, cuestiona estructuras tradicionales del conocimiento. Autores como Suber (2015) han defendido su valor no sólo por razones económicas, sino por su trascendencia cultural y científica. En este modelo, la edición ya no se limita a custodiar el conocimiento, sino que lo impulsa, se convierte en puente, no en barrera.

En este proceso, me he preguntado qué significa editar digitalmente desde una formación literaria. Mi respuesta ha sido práctica y, a veces, improvisada. He aprendido sobre la marcha a codificar metadatos, a maquetar en formatos HTML[5] y XML[6], y a diseñar estrategias de lectura y escritura para redes sociales. Pero también he comprendido que mi formación literaria me da una ventaja: una atención al lenguaje, una sensibilidad para los ritmos del discurso, una disposición para pensar en el lector más allá de los tecnicismos.

[5] HTML (*HyperText Markup Language*): lenguaje que se utiliza para crear páginas web y que permite que los contenidos, como artículos de revista, se muestren de forma estructurada y accesible en los navegadores.
[6] XML (*eXtensible Markup Language*): lenguaje que organiza información para que pueda ser entendida y reutilizada por distintos programas y plataformas digitales, facilitando su intercambio y preservación.

Como dice Chartier (2008), las prácticas de lectura y de escritura cambian cuando cambian los soportes. En la edición digital, ese cambio es radical, pero no por ello excluye lo literario. Al contrario, lo literario —como forma de mirar el lenguaje— puede enriquecer enormemente estas nuevas formas de edición.

Divulgación como práctica literaria y profesional

En mi tránsito profesional, una de las preguntas más persistentes ha sido: ¿cómo escribir sobre ciencia sin traicionar la literatura? Y, al mismo tiempo, ¿cómo acercarse a la ciencia sin falsearla, sin simplificarla al grado de vaciarla? La divulgación científica, cuando es bien hecha, no se limita a transmitir conceptos complejos; también narra, seduce, dialoga. En ese sentido, se parece mucho a la literatura.

Desde la creación literaria aprendí a observar el lenguaje en sus matices, a encontrar estructuras narrativas detrás de lo aparente, a hallar una voz. Cuando comencé a trabajar en revistas de divulgación científica, descubrí que esos mismos recursos eran útiles, necesarios incluso. Un texto de divulgación no sólo informa: debe despertar interés, construir una escena, generar una imagen clara en la mente del lector; debe conectar con lo cotidiano, con lo emocional, con lo humano.

Autores como Sergio de Régules (2024a) han propuesto que la divulgación debe asumirse como una práctica creativa, en la que el rigor científico no excluye la expresividad ni la claridad. Desde esta perspectiva, el divulgador no es simplemente un intermediario entre el científico y el público general, sino un creador de discursos. Y, como tal, su trabajo requiere de sensibilidad literaria, una conciencia ética y una claridad expositiva. En palabras de Régules:

> En el caso ideal, la divulgación escrita es literatura que se refiere a la ciencia y por lo tanto para describir divulgación no basta con poseer conocimientos científicos: es imprescindible además dominar técnicas de la escritura literaria, que es lo opuesto a la redacción de *papers* que se enseña en las carreras científicas. (Régules, 2024a, p. 21).

En los talleres de divulgación científica en los que he participado —como organizadora, editora o tallerista— he comprobado que estos espacios funcionan como laboratorios textuales. En ellos, estudiantes y académicos ensayan distintas formas de contar la ciencia: formatos orales, visuales o escritos, a través de pódcasts, videos o textos breves. Los talleres no sólo producen contenidos, sino que propician una pedagogía del lenguaje, una reflexión compartida sobre cómo comunicar lo complejo sin volverlo críptico ni condescendiente. El diseño y la coordinación de talleres permiten aplicar y transmitir destrezas profesionales, análisis literario y herramientas de escritura, promoviendo la producción de textos claros, precisos y creativos.

La literatura, desde sus márgenes, ha dialogado históricamente con el conocimiento científico. Pienso en Carl Sagan, en Michio Kaku, en Octavia Butler, en Julieta Fierro, en Sergio de Régules: todos ellos hicieron del lenguaje una herramienta de exploración y belleza, sin renunciar a la exactitud ni a la emoción. En mi experiencia, la divulgación puede ser también un campo literario: uno donde el editor y el corrector no sólo vigilan la forma, sino que acompañan un proceso de creación.

Así, escribir y editar para la divulgación científica es también una forma de continuar con la creación literaria, sólo que en otros formatos, con otros códigos y otras urgencias. La búsqueda de

claridad, ritmo y sentido permanece. La relación con el lector se transforma, pero no se pierde. Como señala Ana María Sánchez Mora (2016, p. 10):

> Desde el inicio del siglo XX, y más notablemente a partir de la Segunda Guerra Mundial, la ciencia, en su avance, emplea cada vez menos el lenguaje del "sentido común". A finales del siglo XX, esta comunicación ya presenta un abismo que parece infranqueable: el lenguaje superespecializado de la ciencia moderna.
>
> La divulgación de la ciencia pretende, dejando por el momento de lado el cómo, hacer accesible ese conocimiento superespecializado. No se trata de una traducción en el sentido de un traslado de un idioma a otro, sino de tender un puente entre el mundo de la ciencia y los otros mundos.

Esta reflexión confirma mi experiencia en talleres y edición: hacer accesible el conocimiento científico no es simplificarlo, sino comprenderlo profundamente y presentarlo con claridad, creatividad y rigor. La divulgación se convierte, entonces, en un terreno donde los saberes literarios y críticos se encuentran con la ciencia, generando textos que comunican, seducen y educan al mismo tiempo.

Enfoques metodológicos: autobiografía, práctica editorial y teoría de la edición

Escribir una memoria de experiencia profesional supone, ante todo, un ejercicio de mirada hacia atrás. Pero no se trata sólo de narrar lo que se ha hecho, sino de pensarlo, interpretarlo y darle forma. Por eso opté por una metodología que combinara tres enfoques complementarios: la autobiografía profesional, el análisis de la práctica y la teoría de la edición.

En primer lugar, la autobiografía profesional me permite construir un relato desde la experiencia, no como un testimonio anecdótico, sino como un ejercicio reflexivo para identificar procesos, decisiones, tensiones y aprendizajes. Esta escritura autorreflexiva —muy cercana al ensayo— se convierte en una herramienta para articular lo vivido con lo aprendido, lo práctico con lo teórico. Es también una forma de reconocer la singularidad de un trayecto profesional marcado por la intersección entre la literatura, la edición y la divulgación.

En segundo lugar, el análisis de la práctica editorial me ayuda a observar con distancia crítica las tareas realizadas en distintos proyectos: edición de artículos, corrección de estilo, coordinación de talleres, acompañamiento de autores, revisión de plataformas digitales. Este enfoque me permite identificar patrones, retos recurrentes y estrategias de solución, sin perder de vista el contexto institucional y tecnológico en el que se insertan estas actividades. La práctica profesional no ocurre en abstracto: se teje con plazos, presupuestos, herramientas específicas y relaciones humanas complejas.

Por último, la teoría de la edición —en particular los aportes de Sánchez Mora (2010, 2016), Peter Ginna (2022) y De Régules (2024a)— ofrece un marco conceptual desde el cual pensar el trabajo editorial más allá de "corregir errores". Editar es intervenir en un texto con un propósito comunicativo, ético y estético; es tomar decisiones sobre qué se dice, cómo se dice, para quién y en qué soporte. Desde esta perspectiva, el editor no es un técnico invisible, sino un mediador del conocimiento, un interlocutor entre autores, lectores y contextos.

Este marco metodológico híbrido —entre la reflexión personal, el análisis situado y la teoría especializada— permite que esta memoria no se limite a un recuento de actividades, sino que proponga una lectura crítica del oficio editorial desde una formación literaria. Un oficio que, al

insertarse en el mundo digital, plantea desafíos y oportunidades que vale la pena observar desde la escritura, desde la práctica y desde el pensamiento.

Marco contextual

Panorama general

A lo largo de mi formación y experiencia profesional he transitado por distintos espacios universitarios donde la edición, la corrección y la divulgación se entrelazan con la literatura y el pensamiento crítico. Estos lugares no han sido meros escenarios laborales, sino auténticos laboratorios de aprendizaje en los que comprendí que la práctica editorial no se limita a procedimientos técnicos, sino que constituye también una manera de habitar la palabra, de mediar entre saberes y de tender puentes hacia la sociedad.

La universidad pública mexicana ha sido el entorno donde esta trayectoria se ha tejido. Instituciones como la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM) me ofrecieron tanto la formación académica como la práctica profesional que dieron forma a mi perfil como editora, correctora y tallerista. Ambas comparten un compromiso con el acceso al conocimiento y la convicción de que la palabra —escrita, digital u oral— es un vehículo indispensable para la transformación social.

En la UNAM descubrí espacios donde consolidar competencias técnicas y metodológicas: desde la edición de revistas académicas y de divulgación hasta la producción de libros electrónicos y el acompañamiento en procesos de digitalización. Paralelamente, la UACM me brindó el espacio formativo para reflexionar sobre mi práctica, articularla con teorías literarias y fortalecer una mirada crítica sobre la relación entre literatura, edición y divulgación. De este modo, el marco contextual de mi experiencia no se reduce a una lista de cargos y actividades, sino que constituye un entramado de relaciones entre instituciones, personas y saberes. Cada proyecto editorial representó una oportunidad de aprendizaje, y cada taller impartido, un espacio para compartir lo aprendido.

Esta trayectoria me permitió comprender que la edición digital y la divulgación científica son campos profesionales en expansión, con un profundo sentido social y cultural, y que se vinculan directamente con las destrezas adquiridas en la licenciatura en Creación Literaria: análisis y escritura de textos, mediación editorial, docencia y divulgación.

Primeros aprendizajes y revistas universitarias

Mi primer contacto con el mundo de las revistas universitarias no fue un accidente: fue una invitación silenciosa que la escritura me tendió desde el inicio de mis estudios. Me incorporé como becaria a la *Revista Digital Universitaria* (RDU) en noviembre de 2012 y permanecí ahí hasta agosto de 2013. La revista, editada en la Dirección General de Cómputo y de Tecnologías de Información y Comunicación (DGTIC) de la UNAM bajo la supervisión del actuario Guillermo Chávez Sánchez, me permitió descubrir que editar no se limita a corregir errores o pulir palabras, sino que es un diálogo silencioso con autores y lectores que muchas veces aún no existen más que como posibilidad.

En la RDU, mis funciones eran múltiples y complementarias: edición de textos para asegurar claridad, coherencia y consistencia argumentativa; maquetación en distintos formatos digitales —PDF y ePub[7]—; formación de artículos en programas de edición, diseño gráfico y web pertenecientes a la suite de Adobe —InDesign, Photoshop, Illustrator y Dreamweaver—; corrección de estilo y gestión de redes sociales. Cada decisión editorial, por pequeña que pareciera, impactaba la experiencia de lectura y la manera en que un texto podía ser comprendido, enseñándome que la edición es, ante todo, un acto de cuidado y respeto hacia la voz del autor.

[7] ePub: formato de libro digital que permite la lectura en distintos dispositivos.

Cuando la beca terminó, enfrenté un futuro incierto. Sin embargo, las primeras pinceladas de las publicaciones digitales habían despertado en mí una certeza: lo había probado y me gustó. Por fortuna, mi jefe percibió talento en mí e inmediatamente me invitó a unirme a su equipo como trabajadora por honorarios; el desempleo duró apenas una semana.

Desarrollo profesional y competencias técnicas

En septiembre de 2013 inicié un periodo de trabajo técnico en proyectos de digitalización y catalogación de acervos históricos: primero en la *Revista de la Universidad de México* y, posteriormente, en la *Gaceta UNAM*, también dentro de la DGTIC. Esta labor exigía precisión, paciencia y constancia, pues implicaba la digitalización de ejemplares y portadas, la edición de imágenes, la formación de archivos PDF y la catalogación de metadatos en Excel y Open Journal Systems (OJS). Estas tareas no eran mecánicas: me enseñaron la importancia de la memoria institucional y la organización editorial para garantizar que la información sea accesible y útil a futuras generaciones. Mi aporte consistió en cuidar la integridad de los contenidos y la coherencia estructural, mientras fortalecía competencias de análisis, síntesis y atención al detalle que mi formación en Creación Literaria había comenzado a forjar.

Durante mi permanencia en la DGTIC (2012–2016) aprendí a trasladar la riqueza de los textos impresos a un entorno digital, respetando la estética y la integridad de cada obra. Manejar escáneres especializados, visitar bibliotecas que resguardan las primeras ediciones de la *Gaceta UNAM* y de la *Revista de la Universidad de México*, y familiarizarme con los entramados de las publicaciones digitales me permitió comprender el rigor y la disciplina que requiere la edición académica. Sin embargo, cada día me recordaba que, más allá de la técnica, la edición es también un acto de

mediación, entre el autor y el lector, entre la tradición y la innovación, entre la información y la interpretación.

En 2016, el área de Publicaciones Digitales de la DGTIC se integró a la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial (DGPyFE) de la UNAM, renombrándose como Subdirección de Revistas Académicas y Publicaciones Digitales. Algunos colegas emprendieron nuevos caminos; otros —entre ellos yo— continuamos nuestra labor en esta nueva dependencia.

En la Subdirección profundicé en la producción de libros electrónicos (ePub 2 y 3)[8] y compartí conocimientos sobre edición digital con otros equipos editoriales. Aprendí a manejar herramientas para detectar similitudes entre trabajos publicados, gestionar derechos de autor, comprender los vericuetos del acceso abierto y dominar OJS a fondo. Fue también la primera vez que impartí talleres, primero como asistente y luego como docente principal, lo que me permitió vincular mis habilidades de escritura, análisis y mediación con la formación de otros. Todo lo aprendido en la licenciatura y en mis primeros pasos como maquetadora era apenas una pincelada de lo que estaba por venir.

Durante esa etapa, junto con mis compañeros, asesoramos a más de cien revistas en la implementación de DOI institucional[9], control de plagio, gestión en OJS y cumplimiento de requisitos de indexación. Comprendí que una revista no depende de un solo editor: es la suma de dedicación, cooperación y pasión por compartir conocimiento la que da vida a una publicación. En ese proceso asumí plenamente mi identidad profesional, me llamé a mí misma editora porque

[8] ePub 2 y 3**:** formatos de libro digital que permiten lectura en distintos dispositivos. ePub 2 es la versión básica, ideal para textos e imágenes; ePub 3 incluye además audio, video, animaciones, interactividad y mejor accesibilidad.
[9] DOI (*Digital Object Identifier*): código único asignado a artículos, libros u otros documentos digitales que facilita su identificación y localización en internet, incluso si cambian de sitio web.

entendí que, tras años de práctica, reflexión y aprendizaje constante, estaba lista para dar el siguiente paso y asumir la responsabilidad de guiar y construir contenidos de manera integral.

Experiencia en la revista *Educación Química*

En enero de 2018, mientras aún colaboraba en la Subdirección de Revistas Académicas y Publicaciones Digitales de la DGPyFE, la doctora Ana María Martínez Vázquez, editora de la revista *Educación Química* de la Facultad de Química de la UNAM, me contactó porque su revista dejaría de imprimirse y pasaría a ser completamente digital. Necesitaba a alguien con experiencia en edición, maquetación y gestión digital. Mi jefe pensó en mí y así comencé a desempeñarme como asistente editorial, cargo que mantengo hasta la fecha.

Mis responsabilidades abarcan toda la cadena de producción editorial: edición y maquetación digital, gestión en OJS, asignación de DOI, captura de metadatos, carga de archivos en PDF, HTML, ePub y XML, corrección de estilo, coordinación de estudiantes de servicio social, administración de redes sociales, actualización en índices y bases de datos, análisis estadístico y comunicación con autores y revisores.

La *Revista Digital Universitaria*: consolidación en divulgación y formación

Meses después, una invitación inesperada me condujo de nuevo a la *Revista Digital Universitaria* (RDU), ahora transformada y con un enfoque ampliado hacia la educación. Esta publicación, consolidada en divulgación y con indexación en Conahcyt, Latindex, Biblat y Dialnet, pretendía ampliar su alcance y optimizar su gestión editorial. En octubre de 2018, me despedí de mis maestros de la DGPyFE —quienes compartieron conmigo no sólo conocimientos, sino también apoyo y visión— e ingresé como editora asociada en la RDU. Allí asumí responsabilidades de coordinación

editorial, supervisión de dictaminación, acompañamiento a autores y desarrollo de propuestas visuales. Paralelamente, retomé la labor de tallerista, contribuyendo a la formación de futuros escritores de artículos de divulgación y colaborando con destacados exponentes de la divulgación científica en México, tanto en los talleres como en el trabajo conjunto dentro del comité editorial, entre ellos Estrella Burgos, Sergio de Régules, Guillermo Murray y Clementina Equihua.

Actualmente, en la RDU evalúo, corrijo y edito textos de divulgación en ciencias, artes y humanidades; maqueto artículos en formatos HTML, PDF, ePub y Mobi[10]; coordino un equipo editorial de cuatro personas. Siete años después, esta labor sigue consolidando mi convicción de que la edición exige aplicar destrezas profesionales adquiridas en la licenciatura, combinando escritura, análisis crítico y manejo de la lengua para garantizar que los textos sean claros, coherentes y atractivos para distintos públicos.

El mayor desafío ha sido adaptar la mirada a registros diversos: artículos de divulgación, ensayos literarios, narrativa transmedia, propuestas multimedia, experiencias educativas y artículos de investigación en educación. Cada texto, sin importar el género, requiere sensibilidad para respetar la voz del autor, disciplina para garantizar claridad y coherencia, y destrezas técnicas que aseguren la transmisión efectiva del conocimiento. Mi aporte consiste en tender un puente entre intención y comprensión, mediando con sugerencias que fortalecen estructura y estilo sin desvirtuar la creatividad. Esta práctica evidencia cómo los saberes literarios transforman la edición profesional y permiten un ejercicio reflexivo y crítico en entornos digitales, directamente vinculado con la formación en creación literaria: escritura, análisis, edición, docencia y divulgación.

[10] Mobi: formato de libro digital desarrollado para dispositivos Kindle. Permite lectura en distintos tamaños de pantalla y es compatible con funcionalidades de marcadores, notas y diccionario.

Mis primeros pasos como editora de una revista de divulgación me enseñaron que la edición digital no consiste únicamente en procedimientos mecánicos o tecnológicos, sino que implica, sobre todo, un ejercicio de mediación entre autores, lectores y conocimiento. La revisión de artículos científicos y educativos me permitió aplicar análisis textual, teoría de géneros y estrategias de claridad expositiva, así como realizar corrección ortotipográfica, fortaleciendo la articulación entre habilidades literarias y técnicas.

La RDU es una revista electrónica trimestral que publica artículos de divulgación en ciencias, humanidades, artes y tecnología, y se distingue por su enfoque educativo. Desde su creación en 2000, ha publicado 26 volúmenes, 225 números y aproximadamente 2000 colaboraciones. Su sitio ha recibido casi dos millones de visitas desde 2017, principalmente de México, América Latina y algunos países de Europa. Más del 60 % de sus lectores son mujeres y el rango de edad predominante es de 18 a 35 años (Culturas 22, 2023). Su indexación en repositorios nacionales e internacionales garantiza que sus contenidos sean conocidos y accesibles a públicos amplios y especializados.

La revista nació en la Dirección General de Servicios de Cómputo Académico (DGSCA), hoy Dirección General de Cómputo y de Tecnologías de Información y Comunicación (DGTIC), fundada por el doctor Víctor Guerra Ortiz, con el objetivo de ampliar los medios de divulgación y conectar a autores, docentes y estudiantes (Estrada Corona, 2025). Desde sus inicios utilizó HTML, incorporó elementos multimedia con Flash, adoptó OJS para la gestión editorial y, más recientemente, WordPress para mejorar visibilidad y accesibilidad.

En 2017, la RDU encontró una nueva “casa” en la Coordinación de Desarrollo Educativo e Innovación Curricular (CODEIC), ahora Coordinación de Evaluación, Innovación y Desarrollo

Educativos (CEIDE)[11], lo que permitió redefinir sus objetivos y enfoques, adaptando la revista a las necesidades del contexto educativo actual. Bajo esta coordinación, además de publicar artículos de divulgación, la RDU difunde investigaciones, experiencias educativas y reflexiones académicas de docentes y estudiantes, consolidándose como un medio de referencia en divulgación científica y educativa en México e Iberoamérica.

La revista publica cinco tipos de contribuciones: artículos de divulgación en ciencias, artes y humanidades; textos sobre experiencias educativas; artículos de investigación en educación; contenidos multimedia de interés general; y breves ensayos de reflexión u opinión elaborados por expertos. Este abanico de contenidos convierte a la RDU en un espacio donde formación, divulgación e innovación editorial convergen, y donde los autores reciben acompañamiento integral para desarrollar sus textos y habilidades comunicativas.

Recorrer estos espacios universitarios —la UNAM, la UACM, la DGTIC, la DGPyFE y la CODEIC/CEIDE— ha sido mucho más que acumular cargos o tareas: ha sido un proceso de construcción profesional, intelectual y personal. Cada proyecto editorial, cada taller impartido y cada interacción con autores y colegas me enseñó que la edición y la divulgación no son actividades aisladas, sino prácticas que articulan escritura, análisis, docencia y mediación del conocimiento.

Este marco contextual evidencia que los entornos académicos digitales constituyen auténticos laboratorios de aprendizaje: lugares donde las competencias técnicas se cruzan con las habilidades literarias y críticas, donde el conocimiento teórico se pone a prueba en situaciones reales y donde

[11] La Coordinación de Evaluación, Innovación y Desarrollo Educativos (CEIDE) tiene como antecedente a la Coordinación de Desarrollo Educativo e Innovación Curricular (CODEIC), creada en 2015. Su objetivo es mejorar la educación universitaria mediante la implementación de modelos y metodologías para la evaluación e innovación educativa, la formación docente, el desarrollo curricular y la movilización del conocimiento en educación.

la creatividad y la rigurosidad coexisten de manera inseparable. Mi experiencia demuestra que las destrezas adquiridas en la licenciatura en Creación Literaria —análisis textual, escritura, comprensión de géneros, análisis crítico y divulgación— encuentran en la práctica profesional un terreno fértil para transformarse y ampliarse.

En suma, la trayectoria descrita en este apartado no sólo contextualiza las actividades y responsabilidades asumidas, sino que también permite reconocer el valor de la formación literaria en el ejercicio profesional de la edición y la divulgación digital. El aprendizaje aquí no se limita a procedimientos técnicos ni a competencias instrumentales, sino que constituye un aprendizaje situado, reflexivo y creativo, que articula teoría y práctica, literatura y tecnología, formación académica y responsabilidad social. Este reconocimiento del contexto institucional y profesional servirá de base para el análisis más profundo de las experiencias y desafíos específicos que se presentan en los apartados posteriores de la memoria.

Capítulo 1.

La edición digital: un campo profesional en movimiento

Introducción

Mi primer encuentro con la edición digital fue, con toda honestidad, un pequeño sobresalto: llegó en forma de una pantalla en la que el texto se veía distinto, fragmentado en capas y estilos, y en la que mis herramientas habituales —la lectura detenida, el oído para la frase, la paciencia para la vuelta y la vuelta de la página— tuvieron que aprender a convivir con atajos, plantillas y formatos. Recuerdo el olor a papel de los libros que me acompañaban en la licenciatura; recuerdo también la extrañeza al abrir por primera vez InDesign y ver que allí también se podía escribir, pero de otra manera, con márgenes, estilos y códigos que exigían no sólo sensibilidad lingüística, sino también una disciplina técnica nueva. Fue un aprendizaje que combinó el asombro con la modestia: había que aprender a mirar de otro modo sin renunciar a lo que sabía hacer como creadora de textos.

Esa tensión entre la mirada literaria y la exigencia técnica no es sólo mía; atraviesa buena parte de las revistas universitarias en México y en el mundo. En la última década y media, la aparición y consolidación de revistas electrónicas y repositorios ha transformado el sistema editorial académico: lo que antes se resolvía en papel y en talleres tipográficos ahora demanda conocimientos sobre metadatos, formatos reutilizables, sistemas de gestión editorial y políticas de acceso abierto (Delgado, 2015; García, 2015). No es una simple mudanza de soporte, sino una reconfiguración de prácticas, tiempos y responsabilidades: al editor ya no le basta con pulir la frase; debe garantizar que el texto sea visible, accesible y recuperable en entornos digitales.

Esta transformación tiene, por otro lado, una dimensión política y ética: la emergencia del acceso abierto y las políticas institucionales que lo impulsan han cambiado las prioridades de la edición universitaria. Abrir y democratizar el conocimiento implica, entre otras cosas, asumir nuevas tareas técnicas —desde la correcta inserción de metadatos hasta la asignación de DOI— que, en mi

práctica, se volvieron tan relevantes como la elección de un verbo o la colocación de una nota al pie (Suber, 2015; Ordoñez, 2023). Trabajar en ese cruce fue, y sigue siendo, aprender a hablar distintos lenguajes: el del estilo y el del sistema, el de la oralidad cuidada y el del XML que hace que un artículo "viva" en varios soportes.

Pero quiero volver al terreno íntimo. ¿Qué aporta mi formación en creación literaria a ese nuevo paisaje? La respuesta, tal vez evidente para quienes leen literatura, no lo es tanto para quienes consideran la edición digital como una mera operación técnica. Desde la formación académica traigo una caja de herramientas que no son atajos, sino recursos de análisis del discurso, teoría de géneros, sensibilidad retórica, dominio de la lengua escrita y una práctica constante de escritura. Esas herramientas me permitieron, en situaciones concretas de trabajo —maquetaciones complejas, textos híbridos, artículos que exigían claridad científica sin perder matices narrativos—, identificar problemas de coherencia, proponer reorganizaciones textuales y mantener la voz del autor en contextos donde la maquinaria técnica tiende a homogeneizar (Sánchez Mora, 2016; De Régules, 2024a).

En otras palabras, la edición digital exige pericia técnica, pero la calidad del producto final —la lectura que hace posible el conocimiento— depende también de criterios literarios y comunicativos. La maquetación no es un trámite: es otra forma de decir. El formato condiciona la recepción. Pienso aquí en umbrales y fronteras: la forma en que un texto aparece —en pantalla, en PDF o en ePub— determina en parte la experiencia lectora y, por tanto, exige decisiones editoriales que no son neutras (Genette, 2001). Desde mi puesto, esas decisiones han sido pequeñas batallas cotidianas: elegir un título que funcione en la web y en el artículo impreso, determinar si una figura debe ir incrustada o vinculada, decidir cómo marcar una cita extensa sin romper el ritmo expositivo.

Al mismo tiempo, la incorporación de la tecnología no debería entenderse como una pérdida de lo humano. Lejos de ello, en mi trabajo lo técnico ha sido la herramienta que me permitió ampliar el alcance de la palabra —llegar a lectores más diversos, facilitar el acceso, multiplicar formatos de lectura— y, con ese alcance, ampliar la responsabilidad ética de la edición. Si la edición es mediación, acto de poner en relación texto, autor y lector, la edición digital multiplica los posibles lectores y, por tanto, las exigencias de claridad, precisión y pertinencia (Delgado López-Cózar, 2015; Alonso Gamboa, 2017).

Esta introducción del capítulo pretende situar la edición digital en su doble dimensión: técnica y humanística. En las secciones siguientes abordaré los procesos concretos —maquetación, gestión en OJS, producción de ePub, validación de metadatos— y los alternaré con anécdotas y reflexiones personales sobre cómo cada procedimiento técnico puso a prueba mis saberes literarios. Confío en que esa mezcla de experiencia y teoría muestre que la edición digital no es una amenaza para la sensibilidad textual, sino, bien manejada, un campo fértil donde las destrezas desarrolladas en la licenciatura —análisis, escritura, docencia y producción editorial— se transforman y se vuelven herramientas profesionales imprescindibles.

De la maquetación a la publicación electrónica

Entrar en el mundo de la maquetación digital fue, para mí, como descubrir un lenguaje secreto, un código que hacía visibles, de manera estructurada y estética, los textos que había leído y creado durante años. No era sólo trasladar palabras a la pantalla: cada artículo, cada ensayo, cada nota debía conservar su ritmo, su voz, su intención; al mismo tiempo, debía adaptarse a los límites y posibilidades de un soporte digital que no perdona errores de formato ni descuidos tipográficos.

En la *Revista Digital Universitaria* (RDU), aprendí a trabajar con InDesign, a organizar páginas en PDF, a generar archivos ePub y Mobi que respetaran la coherencia interna de los textos y su presentación visual. La práctica me enseñó que la maquetación no se reduce a un trámite estético: es una forma de lectura anticipada. Al decidir, por ejemplo, la colocación de un cuadro, la altura de un encabezado o la separación de párrafos en un artículo de divulgación, estaba interpretando el texto, adelantándome a la experiencia lectora. Mi formación en creación literaria me permitió identificar con claridad qué elementos podrían interferir con la comprensión y cuáles podían reforzar la intención comunicativa del autor.

Un ejemplo que todavía recuerdo con detalle fue la maquetación del número especial "*Cambio climático para mí, para ti, para todas, todos, todes*". Un artículo en particular que combinaba narrativas literarias con explicaciones científicas; la autora utilizaba metáforas que podían perderse en una lectura apresurada en pantalla. Para respetar la voz del autor y, al mismo tiempo, garantizar la claridad, decidí resaltar ciertos términos clave, añadir discretas notas al pie y organizar los bloques de texto en columnas que facilitaran la lectura en distintos dispositivos. Esta decisión no surgió únicamente de la intuición técnica, implicó un análisis del discurso, una sensibilidad narrativa y una conciencia del lector que sólo se construyen con la práctica literaria y editorial.

En la revista *Educación Química*, el reto era distinto pero igualmente exigente. Allí debía convertir artículos escritos originalmente para la impresión en publicaciones electrónicas, manteniendo la exactitud de fórmulas, tablas y gráficos, y al mismo tiempo asegurando que los PDFs fueran accesibles y navegables. Aprender a trabajar con OJS fue un paso fundamental: la plataforma me permitió gestionar metadatos, supervisar revisiones y controlar la consistencia de los formatos finales. Cada corrección de estilo, cada ajuste de diseño era también un ejercicio de análisis crítico:

¿cómo mantener la integridad del contenido? ¿Cómo garantizar la coherencia visual y textual sin sacrificar la claridad científica?

La experiencia me mostró que la edición digital es un cruce constante de habilidades, entre ellas destrezas técnicas, sensibilidad literaria y pensamiento crítico. Cada decisión editorial, por pequeña que parezca, tiene un efecto en la manera en que el lector recibe y comprende la información. En palabras de Sergio de Régules (2024a), la persuasión y la claridad en la comunicación científica no se logran únicamente con los hechos; dependen de cómo se presentan, de la estructura que se elige y de la manera en que se respetan las voces de quienes escriben.

Asimismo, trabajar con archivos electrónicos me obligó a reflexionar sobre la adaptación del texto impreso a distintos formatos. No basta con un PDF para garantizar una lectura fluida en entornos digitales, porque este formato reproduce la página impresa y limita la reorganización del contenido en pantallas de distinto tamaño. En cambio, los archivos ePub y Mobi permiten un ajuste dinámico del texto y exigen la adaptación de imágenes, hipervínculos, tablas y referencias, cada plataforma tiene limitaciones y posibilidades distintas. Esto reforzó mi capacidad de análisis y síntesis, ya que debía anticipar problemas de compatibilidad, planear estrategias de diseño y mantener la coherencia del contenido y la integridad del mensaje original.

Así, la maquetación y la publicación digital dejaron de ser un conjunto de tareas mecánicas para convertirse en una práctica literaria en sí misma. Cada número de revista, cada artículo, se convirtió en un ejercicio donde la teoría y la práctica de la licenciatura en Creación Literaria —análisis del discurso, estructura narrativa, cuidado del lenguaje— se aplicaban con igual importancia que el dominio técnico de los programas y plataformas. No era sólo un trabajo de edición, era también

una forma de seguir escribiendo, pero en esta ocasión a través de decisiones espaciales, visuales y digitales.

Transición de lo impreso a lo digital

La primera vez que sostuve un ejemplar antiguo de *Revista de la Universidad de México* o de *Gaceta UNAM* sentí una mezcla de reverencia y responsabilidad. Cada página llevaba consigo no sólo información sino también historia, imágenes, tipografía, márgenes y notas al pie, todo organizado con criterios que hoy podríamos considerar tradicionales. Digitalizar estos materiales implicaba algo más que escanear hojas, se trataba de trasladar la memoria editorial a un nuevo lenguaje y de permitir que esas voces llegaran a lectores que nunca sostendrían el papel en sus manos.

El proceso técnico me exigió aprender a trabajar con diferentes formatos de archivo, a garantizar compatibilidad entre PDF, ePub y HTML, y a enfrentar los retos que traen consigo los metadatos, los DOI y la indexación. Cada número digitalizado requería un plan de acción meticuloso: escaneo, limpieza de imágenes, conversión a texto editable, estructuración de capítulos y artículos, y finalmente, revisión exhaustiva para mantener la fidelidad del contenido original. La experiencia me enseñó que la digitalización no sólo preserva información, sino que transforma la manera en que esta se lee y se interpreta (García Martínez, 2015).

A los retos técnicos se sumaban desafíos editoriales que exigían una mirada crítica y literaria. Mantener la voz del autor en un entorno digital es un acto delicado, pues los cambios en el formato modifican la percepción del ritmo, del énfasis o de la jerarquía de ideas. Aprendí a tomar decisiones sutiles y estratégicas, desde ajustar el interlineado para favorecer la lectura en pantalla hasta reorganizar secciones cuando la disposición impresa dificultaba la navegación. También me

correspondía adaptar tablas y gráficos para asegurar su comprensión sin sacrificar exactitud. Cada modificación requería un análisis profundo del texto, una lectura atenta de la estructura y, en diversas ocasiones, un diálogo con los superiores para consensuar la mejor forma de trasladar una obra al nuevo medio.

Las implicaciones de estas transiciones no se limitaban a la estética o a la funcionalidad técnica. El trabajo con revistas digitales me permitió observar cómo la accesibilidad, la indexación y los DOI influyen en la visibilidad y permanencia de los textos en la comunidad académica y fuera de ella. Comprender la lógica de OJS, verificar el cumplimiento de criterios internacionales y asegurar la coherencia de metadatos se volvió una extensión natural de mis destrezas literarias, entre ellas la capacidad de análisis, síntesis y atención al detalle. Mi formación en creación literaria dejó de ser un recurso secundario y se transformó en una guía para tomar decisiones razonadas sobre estructura, legibilidad y fidelidad al contenido.

Con el tiempo comprendí que la transición de lo impreso a lo digital no es un acto meramente técnico sino un ejercicio de comprensión profunda del contenido y de anticipación de la experiencia lectora. Cada número digitalizado confirmó que la sensibilidad literaria, el análisis crítico y la atención minuciosa son tan necesarios como el dominio de las herramientas digitales. La labor editorial en entornos electrónicos se convirtió en un espacio donde convergen la historia, la estética y la tecnología, un terreno en el que los textos encuentran nuevas formas de existir y de ser leídos.

Reflexión crítica sobre la edición digital

Al mirar hacia atrás y recorrer mentalmente los años de trabajo en la edición digital, advierto que este oficio no consiste únicamente en dominar herramientas, formatos o normas técnicas; la edición digital, en su esencia más profunda, es un acto de diálogo con el texto, con el autor y con los

lectores. Es un puente entre la intención creadora y la experiencia lectora, un espacio donde cada decisión, por mínima que parezca, puede modificar la percepción y la comprensión de un artículo, un ensayo o un número completo de revista (Witte, 2022).

En mis primeros años, trabajé con publicaciones impresas, maquetando y corrigiendo, siempre con la sensación de que la página física ofrecía límites claros: márgenes, columnas, tipos de letra cuidadosamente definidos. La transición al entorno digital, sin embargo, me confrontó con nuevas incertidumbres. ¿Cómo conservar la coherencia textual en un ePub que puede leerse en un teléfono, una tablet o una computadora? ¿De qué manera preservar la voz del autor cuando la tipografía, el interlineado y la navegación interactiva alteran la experiencia de lectura? Estas preguntas me llevaron a comprender que la edición digital exige algo más que precisión técnica. Exige sensibilidad, juicio crítico y una visión integral del contenido, una mirada capaz de percibir cómo cada decisión de diseño, cada ajuste de formato y cada corrección de estilo contribuye al funcionamiento del texto como un conjunto legible y armónico, sin perder la intención original del autor ni la claridad para el lector.

Recuerdo un ejemplo concreto al digitalizar un número de la *Revista de la Universidad de México* que incluía artículos acompañados de ilustraciones y gráficos complejos. Cada imagen debía ser optimizada para la web sin perder nitidez y cada tabla debía conservar la claridad del original impreso; además, los metadatos tenían que garantizar la indexación y el acceso abierto conforme a estándares internacionales. En ese proceso me vi obligada a combinar conocimientos literarios —análisis de la estructura del texto, coherencia argumentativa, claridad expositiva— con habilidades técnicas —diseño de PDF, conversión a ePub y carga en OJS. Comprendí que lo literario y lo digital no son mundos separados, sino complementarios: la sensibilidad que permite detectar

incongruencias narrativas también guía la selección de formatos, la jerarquización de títulos y subtítulos, y la disposición de imágenes y tablas (Cassany, 2007).

La comparación con la edición tradicional me permitió apreciar ventajas y desafíos. En papel, el lector se enfrenta a un objeto concreto; en digital, la lectura es interactiva, fragmentada y en ocasiones inmediata. Esto exige que el editor anticipe problemas de comprensión que antes pasaban inadvertidos, como enlaces rotos, gráficos fuera de lugar o metadatos incompletos. También abre oportunidades inéditas, como producir textos más accesibles, integrarlos en repositorios, enlazarlos con referencias y permitir que alcancen audiencias internacionales en cuestión de segundos (García Martínez, 2015). Aprender a equilibrar estas posibilidades con la fidelidad del contenido fue un proceso de ensayo y error, de ajuste constante y de reflexión crítica sobre cada elección editorial.

Otro aprendizaje fundamental ha sido la relación con los autores. Mantener la voz original, respetar el estilo y asegurar al mismo tiempo claridad y legibilidad demanda negociación y cuidado. Cada corrección se convierte en un acto de responsabilidad ética. Se trata de intervenir en la obra de otra persona sin desvirtuarla, para optimizar su comprensión. Esta práctica exige un ejercicio continuo de autoevaluación. ¿Estoy conservando la intención del autor? ¿Estoy mejorando la legibilidad sin sacrificar matices? ¿Estoy tomando decisiones que el lector agradecerá, sin imponer mi propia voz? La respuesta nunca es automática y cada proyecto se convierte en un diálogo silencioso con quienes confían en que el editor comprenda tanto el contenido como el público al que se dirige (Lerner, 2022).

Pensar en estos años también me ha permitido observar la evolución del lector digital. Hoy, los usuarios de revistas universitarias y de divulgación esperan claridad, acceso rápido y precisión. La edición digital no se limita a lograr que un archivo “se vea bien”, sino que trata de garantizar la

circulación del conocimiento, que las ideas lleguen a quienes deben llegar y que la trascendencia del texto no dependa únicamente de su contenido, sino de la manera en que se presenta. Comprender esta responsabilidad me enseñó que mis competencias como creadora literaria — capacidad de análisis, sensibilidad para la estructura narrativa, dominio del lenguaje y claridad expositiva— son invaluables en un entorno donde lo técnico y lo literario deben coexistir (Alonso Gamboa, 2017; Sánchez Mora, 2010).

Mirar atrás me permite cerrar este primer capítulo con la certeza de que la edición digital no es un sustituto de la edición tradicional, sino una ampliación de ella. Es un territorio donde la destreza técnica se encuentra con la sensibilidad literaria, donde cada decisión de formato, cada corrección de estilo y cada conversión de archivo se inscribe en un compromiso con el texto, con el autor y con la audiencia. Este reconocimiento no sólo valida mi formación en creación literaria, sino que también me permite proyectar mi práctica profesional con mayor conciencia. Cada número que maqueto, cada ePub que publico y cada artículo que reviso lleva consigo no sólo información, sino un legado de comprensión crítica, cuidado y precisión que, espero, sea perceptible para quienes lo leen.

Capítulo 2.

La corrección de estilo como práctica literaria

Introducción

Hablar de la corrección de estilo implica mucho más que remitirse a la mecánica de la lengua o al cumplimiento de normas ortotipográficas. ¿De qué serviría reducirla a la simple detección de errores si en realidad cada intervención sobre un texto es también una interpretación? Desde mis primeros años como estudiante entendí que corregir era leer con lupa, pero también con oído, atender a la música de una frase, a la cadencia de un párrafo, a la tensión entre lo que el autor quiso decir y lo que efectivamente queda en la página.

Fue en la materia de corrección de estilo con el profesor Jesús Anaya Rosique donde empecé a dimensionar este oficio como algo integral, más allá de la aplicación de reglas. Sus clases me hicieron preguntarme qué significa acompañar a un autor sin anularlo y cómo se diferencia la corrección que pule de la corrección que borra. Esas preguntas se volvieron brújula en mi práctica profesional.

En mi experiencia la corrección de estilo se parece mucho a la práctica literaria. En ambos casos el lenguaje es el territorio central y la claridad, el ritmo y la eficacia expresiva son objetivos tan importantes como la fidelidad al pensamiento del autor. Roberto Zavala Ruiz (2012) subraya que la corrección es parte integral de la construcción de un texto, no un proceso accesorio ni meramente técnico. Esa definición me resonó profundamente cuando comencé a trabajar en la *Revista Digital Universitaria*, cada artículo que llegaba a mis manos era una obra en marcha y mi papel consistía en acompañar su tránsito hacia la versión publicada.

Daniel Cassany (1993), en *La cocina de la escritura*, propone que escribir es siempre un proceso inacabado, un taller permanente donde cada ajuste abre nuevas posibilidades de sentido. Corregir desde esta perspectiva es una prolongación del acto creativo, no se trata de uniformar los textos

sino de potenciar su expresividad y abrirlos a lecturas más fluidas y resonantes. ¿No es acaso eso lo que hace también un escritor cuando revisa sus borradores?

Mi práctica confirma esta idea. Cada vez que recibo un texto —sea un artículo de divulgación científica, un ensayo literario o un trabajo académico— debo preguntarme no sólo por su coherencia y legibilidad sino también por la experiencia que producirá en el lector. Ana María Sánchez Mora (2010) lo expresa con claridad, un buen texto no sólo informa, también debe deleitar, conmover y persuadir. Esa tríada, pensada originalmente para la divulgación científica, me parece igualmente aplicable a la corrección de estilo.

En este sentido la corrección se convierte en un ejercicio de mediación, el corrector es un lector privilegiado pero también un acompañante del autor. No borra la singularidad de una voz sino que la afina, la sostiene y la hace brillar con mayor nitidez. Sergio De Régules (2024a) propone entender la comunicación de la ciencia como literatura y esa afirmación amplía todavía más el horizonte, todo texto que pretende transmitir ideas puede ser leído y corregido como un artefacto literario, con su propio ritmo, textura y fuerza expresiva.

Por ello este capítulo explorará la corrección de estilo desde esa doble vertiente, como ejercicio técnico y como lectura profunda. A través de ejemplos concretos y reflexiones autobiográficas mostraré cómo la corrección se convierte en un espacio donde confluyen la lingüística, la literatura y la comunicación de la ciencia. Más allá de las reglas y las normas corregir es tender un puente entre autor y lector, entre la idea y su expresión, entre la ciencia y la literatura.

Aplicación de conocimientos lingüísticos y literarios

Si la corrección de estilo puede pensarse como una práctica literaria es porque en ella confluyen saberes que van mucho más allá de la técnica. ¿De qué sirve dominar un manual ortográfico si no se comprende la respiración de un párrafo o la cadencia de una frase? A lo largo de mi formación académica y profesional he confirmado que corregir no es únicamente ajustar las tuercas del lenguaje, es entender la maquinaria profunda de los textos, preguntarse cómo funcionan, qué voz los sostiene, qué tradición los alimenta y hacia qué público se dirigen.

Desde los primeros semestres de la licenciatura, materias como Gramática y creación me enseñaron a observar con atención quirúrgica los engranajes del lenguaje. No se trataba sólo de memorizar reglas, sino de descubrir cómo una coma puede modificar el sentido de una frase o cómo la ambigüedad de un pronombre desdibuja la precisión de un argumento. Esa conciencia la aplico hoy al revisar artículos científicos o ensayos de divulgación. Cada signo importa, cada palabra sostiene o tambalea la claridad conceptual. Cassany (1993) lo resume con lucidez en *La cocina de la escritura*, donde afirma que escribir —y corregir— es siempre un trabajo de precisión y de ajuste, como cocinar a fuego lento para que el sabor final se equilibre.

Pero ¿acaso basta con atender a la sintaxis? La corrección también exige escuchar lo que late debajo de la superficie. En Enunciación y voces del relato comprendí que todo texto encierra una perspectiva, una mirada que no puede desplazarse sin alterar su sentido. Esta idea se volvió crucial en mi práctica profesional. Al corregir un artículo para la *Revista Digital Universitaria* debo estar atenta a no imponer una voz académica donde el autor procuraba cercanía o a no suavizar en exceso la contundencia de un argumento crítico. Corregir, en ese nivel, es leer la respiración del texto y

cuidar que conserve su singularidad y su tono propio. ¿No es esa, acaso, la diferencia entre acompañar y uniformar?

La asignatura de Estética literaria contemporánea me abrió otra puerta, la de leer un texto también en términos de ritmo, textura y cadencia. Zavala Ruiz (2012), en *El libro y sus orillas*, recuerda que la corrección no es un trámite accesorio, sino parte integral de la construcción de un texto, donde el corrector vela no sólo por la claridad, sino por la armonía. Y entonces surge la pregunta ¿qué hace que un párrafo funcione mejor que otro aunque ambos digan lo mismo? Muchas veces es una cuestión de musicalidad, de cómo respira la frase, de cómo se dosifican las pausas, de cómo un verbo preciso puede encender una idea.

El recorrido por las tradiciones literarias también nutrió esta mirada. En cursos como Narrativa mexicana contemporánea, Literaturas de vanguardia o Poesía épica y lírica española aprendí a reconocer la diversidad de estilos, tonos y procedimientos que pueden habitar un texto. Esa diversidad se vuelve guía al corregir. No es lo mismo intervenir en un artículo académico que en un ensayo poético ni en una narrativa experimental. ¿Cómo distinguir entre lo que forma parte del estilo autoral y lo que es simplemente un descuido? Ahí entra la sensibilidad que otorga haber leído, comparado y contextualizado distintas tradiciones. Como señala De Régules (2024a), incluso la divulgación científica es literatura en tanto hace uso de recursos narrativos para atrapar al lector. Entonces ¿por qué no leer y corregir un artículo de divulgación como si fuera también una pieza literaria?

Recuerdo, por ejemplo, un texto sobre la Antártida que revisé para la sección *Impresiones* de la RDU. El autor había construido un discurso denso, de frases largas y cargadas de imágenes poéticas. Mi tarea consistió en desmenuzar esas frases, reorganizar párrafos y aligerar conectores

sin diluir el tono lírico que procuraba transmitir. Allí resonaron mis aprendizajes en estética y enunciación porque la corrección no consistió en corregir errores, sino en preservar la voz y hacerla más accesible. ¿No es acaso la corrección un acto de fidelidad al autor y al lector al mismo tiempo?

La suma de estas experiencias confirma que la corrección de estilo es un oficio literario en toda regla. No se trata sólo de velar por la exactitud gramatical, sino de conjugar gramática y estética, tradición y actualidad, rigor y creatividad. Sánchez Mora (2010) sostiene que un buen texto no sólo informa, también deleita y persuade. En esa afirmación se revela el reto de la corrección porque el objetivo consiste en conservar ese brillo y potenciarlo sin sustituir la voz original. Mi labor cotidiana es encontrar esa respuesta, siempre distinta, en cada texto que llega a mis manos. Fisher Saller (2022) refuerza esta idea al recordar que la corrección no es secundaria, sino un componente esencial de la labor editorial, donde cada decisión repercute en la experiencia final del lector y en la fidelidad al estilo del autor.

Corrección en distintos registros

Corregir no es un acto uniforme porque cada tipo de texto exige estrategias distintas como si cada género hablara su propio idioma. ¿Cómo se abordan los ensayos, los artículos científicos, la narrativa transmedia o las experiencias educativas? ¿Existe un patrón común o es necesario reinventar la lectura y la intervención según el registro? La práctica cotidiana en la *Revista Digital Universitaria* me ha enseñado que no hay respuestas absolutas y que la corrección requiere sensibilidad, adaptabilidad y capacidad para identificar lo que cada texto necesita.

En los artículos de divulgación científica como los publicados en la sección *Varietas*, la prioridad es la claridad y la precisión conceptual. La formación en Gramática y creación me permite identificar ambigüedades, ajustar la sintaxis y asegurar que cada término cumpla su función exacta.

Pero ¿basta con la técnica para que un texto sea efectivo? No. Es necesario también mantener un hilo narrativo que acompañe al lector sin sacrificar rigor. Aquí los aprendizajes de Enunciación y voces del relato resultan esenciales porque permiten preguntarse cómo respetar la voz del autor al simplificar conceptos complejos y cómo conservar la cercanía sin diluir la autoridad científica. Cada intervención se convierte en un acto de mediación y escucha más que en un simple ajuste formal. Recuerdo un artículo sobre la radiación térmica que emiten los objetos en el que el autor utilizaba términos muy técnicos y tuve que reorganizar párrafos y suavizar la jerga científica sin que el texto perdiera precisión ni fuerza narrativa.

Cuando trabajo con ensayos literarios o artículos de opinión como los de la sección *Impresiones*, la sensibilidad estética cobra protagonismo. En Estética literaria contemporánea aprendí a valorar el ritmo, la musicalidad de las frases y la tensión entre forma y contenido. Corregir un ensayo literario implica decidir qué pausas conservar, qué metáforas pulir y cómo mantener la voz del autor. No se trata de aplicar reglas rígidas sino de acompañar la intención expresiva. En un ensayo sobre milpa mazahua reorganizé párrafos que intercalaban reflexiones personales y referencias teóricas para mantener clara y persuasiva la voz del autor. La corrección es, en estos casos, un acto de afinación sutil, un ajuste de ritmos y pausas que potencia sin sustituir.

La narrativa transmedia, como la que ocasionalmente se explora en *Caleidoscopio*, combina elementos escritos, audiovisuales e interactivos y obliga a pensar no sólo en la palabra, sino en la experiencia completa del lector o usuario. *Caleidoscopio* publica sobre todo infografías, entrevistas y galerías, y cada formato plantea desafíos específicos. ¿Cómo lograr coherencia y estilo cuando lo visual y lo textual deben dialogar sin opacarse? Al revisar una infografía sobre museos de la UNAM cuidé la claridad de títulos y subtítulos para que cada palabra reforzara la información visual. En una entrevista a una artista que trabaja con tatuajes regenerativos en personas con cáncer

de mama organicé las preguntas para que fluyeran sin perder la voz de la entrevistada ni la precisión conceptual. Incluso en las galerías fotográficas es necesario asegurar que los textos acompañen las imágenes con claridad y atractivo, manteniendo la armonía del conjunto. En todos estos casos la corrección se vuelve un trabajo de armonización y sincronización narrativa donde confluyen ortotipografía, sensibilidad estética y comprensión del soporte.

Los textos sobre experiencias educativas publicados en *Continuum educativo* requieren un enfoque distinto. Aquí la prioridad es dar voz a docentes y estudiantes, preservar su mirada y sus reflexiones y garantizar al mismo tiempo claridad y coherencia. ¿Cómo orientar al lector sin reemplazar la visión del autor? ¿Cómo organizar ideas para que el aprendizaje resulte evidente sin perder la cercanía propia de estos relatos? Recuerdo un texto sobre pedagogía de la danza en el que la autora narraba anécdotas con gran riqueza expresiva, pero el orden dificultaba que los aprendizajes emergieran con nitidez. Mi intervención consistió en reorganizar secciones, clarificar expresiones ambiguas y resaltar los aprendizajes clave sin alterar el tono reflexivo. Allí se puso a prueba mi capacidad de mediación mediante una mezcla de lectura crítica, sensibilidad literaria y experiencia pedagógica, un equilibrio que procura acompañar al autor y facilitar la comprensión del lector.

En *Universidades* los textos presentan características opuestas porque suelen ser artículos de investigación con un enfoque académico riguroso, abundantes en terminología técnica y estructuras complejas. Aquí la tarea no es hacerlos más literarios, sino garantizar que la claridad conceptual y la precisión terminológica no se diluyan en la densidad del discurso. Revisar un estudio sobre innovación educativa implicó simplificar construcciones, unificar criterios terminológicos y reorganizar párrafos para que los hallazgos fueran evidentes sin sacrificar la voz académica ni el rigor analítico. La formación en Gramática y creación y en Producción editorial resultó crucial para equilibrar corrección, coherencia y claridad respetando el estilo y la intención del autor.

Estos ejemplos muestran que cada registro tiene ritmo y lógica propios y que la corrección es un ejercicio de adaptabilidad constante. Ya sea ajustando la combinación de texto e imagen en un proyecto audiovisual, dando forma a la experiencia de un docente o clarificando un concepto técnico en un artículo de investigación, la tarea del corrector sigue siendo garantizar que el mensaje llegue con fuerza, claridad y fidelidad y respetar la singularidad de cada autor.

Ginna (2022) sostiene que la labor de editar y corregir combina técnica, sensibilidad y ética:

> El núcleo —el corazón y el alma— de la edición siempre será la relación entre el editor y el autor. Las relaciones comienzan antes del acto de hacer sugerencias editoriales y se extienden más allá de él. Comienzan cuando el editor lee el manuscrito y siente una chispa: el impulso de compartir con otras personas lo que acaba de leer; continúan cuando el editor y el autor se esfuerzan, en ocasiones con felicidad y otras con esfuerzos dolorosos, por convertir esa chispa en una llama, y se logran cuando esa flama se convierte en una fogata que calienta a un círculo creciente de lectores. (Ginna, 2022, p. 388).

En síntesis, corregir en distintos registros implica leer, sentir y anticipar la experiencia del lector mientras se respeta la intención del autor. Es un oficio que demanda flexibilidad, reflexión y respeto por la diversidad de formas y voces. Desde la literatura hasta la divulgación científica y desde la narrativa transmedia hasta la reflexión pedagógica, cada intervención es un acto de escucha activa y creación silenciosa, un puente entre el texto, su autor y sus lectores.

Problemas comunes y soluciones editoriales

La corrección de estilo no consiste únicamente en aplicar reglas; cada texto plantea desafíos propios que requieren juicio crítico y sensibilidad. ¿Cómo identificar lo que es realmente un error y lo que

forma parte del estilo del autor? ¿Cómo decidir entre claridad y fidelidad a la voz? A lo largo de mi experiencia he aprendido que muchas dificultades no provienen de la falta de conocimiento técnico, sino de la necesidad de interpretar y mediar entre el texto, el autor y el lector.

Uno de los problemas más frecuentes son las incoherencias o ambigüedades internas. En artículos de divulgación científica puede aparecer una idea que contradice otra en el mismo texto o un término especializado se utiliza de manera imprecisa. Aquí intervienen mis conocimientos de gramática y creación y de enunciación y voces del relato; me permiten rastrear la lógica del texto, identificar contradicciones y asegurar que la voz del autor permanezca coherente. ¿Cómo lograrlo sin imponer una estructura que no corresponde al estilo original? La respuesta requiere de tacto, proponer ajustes, reorganizar párrafos o matizar expresiones siempre respetando la intención del autor.

Otro reto recurrente es la confusión terminológica. Al revisar artículos científicos o ensayos técnicos los conceptos pueden mezclarse, usarse sin definición o presentarse con ambigüedad. La formación en producción editorial y la experiencia en la RDU me permiten aplicar estrategias de clarificación, crear notas explicativas, sugerir glosarios o revisar referencias cruzadas. Más allá de lo técnico, es un ejercicio de mediación. ¿Cómo garantizar que el lector comprenda el contenido sin simplificar en exceso ni distorsionar el mensaje del autor?

Los problemas también se presentan en el terreno de la estética textual. En ensayos literarios o narrativas experimentales, frases demasiado largas, pausas mal ubicadas o repeticiones innecesarias pueden entorpecer la lectura. La asignatura de Estética literaria contemporánea me enseñó a detectar estos puntos críticos y a evaluar el ritmo de la frase, la musicalidad y el peso expresivo de cada párrafo. Corregir aquí no consiste en eliminar errores, sino en realzar la fuerza

del texto. ¿Cómo lograr que un párrafo respire y conserve su densidad conceptual? Cada decisión exige equilibrio, juicio y un oído afinado para la lengua.

Cada uno de estos desafíos me ha permitido fortalecer competencias esenciales del perfil de egreso en Creación Literaria: análisis crítico, síntesis, claridad expositiva y habilidades de edición. Al enfrentar problemas concretos he aprendido a evaluar decisiones editoriales desde múltiples perspectivas, lingüística, estética, ética y comunicativa. La corrección de estilo no es sólo un oficio técnico; es un espacio de reflexión constante, un diálogo con los autores y con los textos que requiere sensibilidad, experiencia y juicio. Ginna (2022) subraya que la labor del editor —y del corrector— implica equilibrar técnica, creatividad y fidelidad, una tríada que se convierte en la brújula de la práctica profesional.

Al recorrer este capítulo se hace evidente que la corrección de estilo trasciende la aplicación mecánica de normas ortotipográficas. Es un ejercicio de lectura profunda, un diálogo constante entre el texto, el autor y el lector. Cada intervención requiere combinar conocimientos lingüísticos y literarios, sensibilidad estética y juicio crítico. ¿Acaso no es esta combinación la que transforma un texto correcto en un texto vivo que respira y conecta con quienes lo leen?

Mi formación en la licenciatura en Creación Literaria ha sido la base que sostiene esta práctica profesional. Materias como Gramática y creación y Enunciación y voces del relato me dieron herramientas para observar la precisión de cada frase y entender la voz del autor. Cursos como Estética literaria contemporánea, Narrativa mexicana contemporánea o Literaturas de vanguardia permitieron que mi mirada comprendiera la diversidad de estilos y tradiciones y me ayudaron a distinguir entre una elección creativa y un descuido involuntario. La experiencia en inventiva y producción de textos reforzó la sensibilidad para la composición y el ritmo, mientras que

Producción editorial y Producción de revistas literarias me familiarizaron con los procesos de publicación y los desafíos del entorno digital. Cada una de estas asignaturas se refleja en competencias aplicables al trabajo editorial, análisis crítico, claridad expositiva, síntesis, mediación entre autor y lector y respeto por la singularidad del estilo.

En la práctica profesional la corrección de estilo se manifiesta de manera concreta, adaptando estrategias según el género y el público, resolviendo incoherencias conceptuales o terminológicas, preservando la voz del autor y potenciando la claridad y la expresividad de los textos. Desde artículos de divulgación científica hasta ensayos literarios, pasando por narrativas transmedia o experiencias educativas, la corrección implica siempre un ejercicio de mediación. Sánchez Mora (2010) recuerda que un buen texto no sólo informa, también deleita, conmueve y persuade. La tarea del corrector es garantizar que esa tríada permanezca intacta aun al enfrentar textos complejos o densos.

Zavala Ruiz (2012) subraya que la corrección es parte integral de la construcción de un texto y Ginna (2022) refuerza que la labor editorial combina técnica, creatividad y fidelidad. Ambas perspectivas se reflejan en mi trabajo cotidiano en la *Revista Digital Universitaria*, donde cada artículo que reviso es una oportunidad de aplicar la teoría aprendida, afinar la voz del autor y cuidar la experiencia del lector.

Finalmente, este capítulo muestra que la corrección de estilo es una práctica literaria y profesional. No se limita a la detección de errores, sino que implica comprensión del lenguaje, conocimiento de tradiciones literarias, sensibilidad estética y juicio crítico. Es oficio y creación, análisis y mediación, técnica y literatura. Para mí, ejercerla es un acto de responsabilidad ética y profesional, proteger la integridad del texto, honrar la voz del autor y ofrecer al lector una experiencia

significativa. La corrección de estilo no es un trámite accesorio, es un puente entre el conocimiento adquirido en la licenciatura y su aplicación en el mundo real, entre la formación académica y la práctica profesional, entre la palabra escrita y la experiencia de quien la lee.

Capítulo 3.

Escritura y divulgación: encuentros creativos

Introducción

La transición de correctora y editora a formadora en talleres de escritura de artículos de divulgación fue, para mí, un paso natural pero también revelador. ¿Qué significa enseñar escritura de artículos de divulgación cuando una ha dedicado años a pulir textos y a acompañar a autores en la *Revista Digital Universitaria*? ¿Cómo se concreta la práctica editorial en estrategias pedagógicas que permitan a otros aprender a escribir, comunicar y persuadir? Estas preguntas se volvieron recurrentes en mis primeros años como coordinadora de la RDU y como tallerista y me empujaron a repensar mi propia relación con la escritura, la lectura crítica y la divulgación.

Cada taller que diseñé o coordiné se convirtió en un laboratorio de exploración. Allí podía integrar los saberes que había adquirido en la licenciatura —narrativa, análisis del discurso, ortotipografía— con la experiencia profesional en corrección y edición. La enseñanza no era un acto unidireccional. Al guiar a los participantes también profundizaba mi comprensión del oficio editorial y de la escritura como herramienta de comunicación, análisis y persuasión. ¿Cómo lograr que un autor novel no sólo comprendiera la importancia de la claridad y de la coherencia sino también del ritmo, la voz y la textura de sus textos? ¿Cómo equilibrar la exigencia de rigor con la libertad creativa que hace que un texto sea atractivo y memorable?

En este capítulo exploraré cómo la docencia, la coordinación de talleres y la divulgación científica se entrelazan con la escritura y la formación de autores. Mostraré cómo cada actividad, desde la revisión de borradores hasta las jornadas de divulgación y la colaboración con expertos en el área, se convirtió en un espacio de aprendizaje mutuo tanto para los participantes como para mí y fortaleció competencias profesionales que van más allá de la corrección de estilo o la edición de textos. También reflexionaré sobre la manera en que la formación literaria y editorial nutre la

docencia y la difusión del conocimiento y revelaré que enseñar a otros es, en muchos sentidos, seguir aprendiendo sobre la escritura, la lectura crítica y la comunicación efectiva.

Diseñar y coordinar talleres: del laboratorio de ideas a la práctica editorial

La primera vez que estuve frente a un grupo de docentes y estudiantes para guiarlos en la escritura de divulgación científica, me pregunté ¿cómo se aplica la experiencia de corrección editorial a la enseñanza? ¿Es posible acompañar a otros para que encuentren su voz sin imponer la propia? Comprendí entonces que la labor docente no consistía únicamente en transmitir técnicas, sino en generar un espacio de exploración y reflexión donde cada participante pudiera experimentar con la escritura y, al mismo tiempo, aprender a mirar críticamente su propio texto y el de los demás.

Ese tránsito no fue inmediato ni automático. Durante años había trabajado como correctora y editora, roles que suelen situarse en la trastienda de la comunicación escrita, cuidar la coherencia, señalar inconsistencias, sugerir reorganizaciones o pulir un estilo sin que la intervención se note demasiado. Pero en un aula o en un taller, la lógica es distinta; lo que antes era un ejercicio solitario y silencioso debía volverse un proceso visible, compartido y discutido en voz alta. La pregunta era cómo transformar esa experiencia editorial en dinámicas pedagógicas que no redujeran la enseñanza a un recetario de normas y que invitaran a explorar los matices de la escritura.

Con el tiempo descubrí que diseñar un taller es muy parecido a editar una revista. En ambos casos hay que pensar en la estructura general, en los ritmos, en cómo se introduce un tema y en cómo se mantiene la atención hasta el final. Así, la planeación del taller se volvió un trabajo de composición al definir un objetivo claro, dividirlo en módulos que alternaran teoría y práctica y dejar espacio para la improvisación y la retroalimentación en función de cada grupo. Por ejemplo, en las primeras sesiones solía proponer ejercicios breves de adecuación, pedir a los participantes que tomaran un

párrafo académico denso y lo reescribieran para un público general. El ejercicio permitía observar la manera en que cada uno resolvía el dilema entre precisión y claridad y, al mismo tiempo, abría la puerta para discutir colectivamente los recursos que hacían más atractiva la explicación.

Esa dinámica respondía a una convicción, la divulgación no puede enseñarse sólo desde la teoría. Como afirma Sergio de Régules (2024a), el reto de la divulgación está en lograr que el lector "disfrute mientras entiende", que el texto lo deleite y al mismo tiempo lo convenza. Transmitir esa idea a los participantes implicaba trabajar con ejemplos concretos —un fragmento de Carl Sagan, un artículo de Estrella Burgos, una cápsula de Julieta Fierro— para mostrar que la claridad no está reñida con el goce estético. De este modo, la revisión colectiva de textos se convertía en un laboratorio vivo donde la corrección editorial se ponía en escena y se transformaba en una herramienta pedagógica.

Por otra parte, coordinar un taller también exigía algo que como editora no siempre había practicado, la escucha pedagógica. En la edición solemos centrarnos en el texto, pero en el aula había que centrarse también en la persona que escribe. No bastaba con señalar que un argumento estaba mal ordenado; había que acompañar al autor en el descubrimiento de cómo reorganizarlo sin perder su voz. Randy Olson, en *Don't Be Such a Scientist* (2018), insiste en que la comunicación científica requiere conectar con las emociones antes que con los datos. Esa lección, trasladada al aula, significaba enseñar a los participantes que su credibilidad no dependía sólo de cuántas fuentes citaban, sino de la manera en que lograban construir una narrativa que involucrara al lector.

La pregunta que me acompañaba sesión tras sesión era ¿cómo lograr que la enseñanza de la escritura científica no se limite a enseñar a informar, sino que también habilite para persuadir, conmover y seducir con las palabras? La respuesta se fue gestando en ejercicios prácticos análisis

de títulos que atrapaban o repelían, comparación entre introducciones áridas y narrativas fluidas, revisión de metáforas que iluminaban un concepto complejo o lo distorsionaban. A través de estas actividades, los participantes aprendían que escribir para el gran público no era "simplificar", sino abrir un camino de acceso, tender un puente entre mundos.

Poco a poco entendí que cada grupo convertía el taller en un texto en sí mismo, con un estilo, un ritmo y una voz particular. Había ediciones en las que predominaban investigadores con experiencia en docencia universitaria, quienes aportaban reflexiones sobre cómo comunicar a sus estudiantes; otras veces eran jóvenes de licenciatura quienes se atrevían a experimentar con formatos narrativos más arriesgados. En todas, el aprendizaje era mutuo; yo compartía técnicas y estrategias derivadas de mi formación literaria y editorial y a cambio recibía preguntas que me obligaban a repensar lo que creía obvio. Por ejemplo, explicar por qué la jerarquización de la información es distinta en un artículo de divulgación que en un paper académico o por qué una anécdota personal puede ser clave para "enganchar" al lector en un texto de ciencia.

El diseño del taller, entonces, fue madurando con cada edición. Aprendí a equilibrar la parte expositiva con la práctica, a cuidar que los ejercicios fueran desafiantes pero alcanzables, a incorporar recursos visuales y ejemplos multimedia que mostraran la diversidad de lenguajes en la divulgación contemporánea. Como editora, solía pensar que mi labor terminaba con un texto corregido; como tallerista, comprendí que el verdadero objetivo era que cada participante saliera con la confianza y las herramientas para seguir escribiendo por su cuenta.

En retrospectiva, puedo decir que coordinar talleres de divulgación se convirtió en un proceso de reformulación de la práctica editorial a la enseñanza y de la enseñanza a la divulgación. Entre teoría y práctica, corrección y creación, descubrí que el verdadero reto no es enseñar a escribir, sino

acompañar a otros en el hallazgo de una voz capaz de comunicar ciencia y humanidades con claridad, rigor y, sobre todo, con sentido humano.

En ese sentido, cada taller ha sido un recordatorio de lo que señala Sergio de Régules (2024b):

> Muchas veces lo que falla no es tanto saber ciencia, que es importante, sino la capacidad de conectar con el público. Existe un malentendido común: creer que basta con conocer ciencia para comunicarla bien. La confusión radica en pensar que la divulgación científica es "ciencia rebajada o diluida". Incluso algunos investigadores dicen: "Vamos a bajarlo a nivel divulgación". Eso me horroriza, porque no es lo que hago. Yo no diluyo la ciencia, busco conectar.
>
> Cuando divulgo, no estoy uniendo a personas que saben un tema con otras que no lo saben, sino a dos culturas distintas. La labor del divulgador es, en esencia, una labor de *traducción*. Y traducir no es simplemente sustituir palabras, sino conservar lo más posible del original y hacerlo significativo en otra cultura. Siempre se pierde algo, pero la clave es transmitir de manera elocuente.
>
> Me gusta explicarlo con un ejemplo, la canción de Cri-Cri *El comal le dijo a la olla*. Traducirla literalmente al inglés daría sólo la anécdota de dos utensilios de cocina peleándose, pero se perdería la rima, el ritmo y la "mexicaneidad" del lenguaje. Algo similar ocurre con la divulgación, el reto es trasladar el contenido científico a un nuevo contexto cultural sin perder lo esencial y hacerlo con creatividad.

> Por eso digo que la divulgación, en el mejor de los casos, es literatura cuyo tema es la ciencia. Esa es la gran diferencia, la divulgación no es ciencia, sino creación literaria que la comunica y la hace significativa.

Acompañamiento a autores y colaboración con expertos

La trayectoria de los talleres de divulgación científica en los que he participado o coordinado refleja un aprendizaje continuo tanto para los participantes como para mí como formadora. Desde la primera edición en 2019, *De la idea a los medios digitales. Comunicación pública de las ciencias y las humanidades*, concebimos el taller como un espacio para que docentes, estudiantes e investigadores aprendieran a transformar su conocimiento en materiales de divulgación, artículos, infografías, videos o pódcast. Esta versión presencial contó con la participación de expertos como Estrella Burgos[12], Sergio de Régules[13], Elaine Reynoso[14] y Nemesio Chávez[15], además del equipo editorial de la *Revista Digital Universitaria*. El diseño inicial tenía un doble objetivo, ofrecer un panorama sobre la comunicación pública de las ciencias y las humanidades y acompañar a cada participante en la elaboración de un proyecto propio.

Con el paso del tiempo, el énfasis en el acompañamiento se convirtió en el sello del taller. Cada edición me permitió confirmar que la enseñanza de la divulgación no puede reducirse a exponer

[12] Estrella Burgos Ruiz (QEPD): promotora de la divulgación científica en México, cofundadora de la revista *¿Cómo ves?*, autora de libros de divulgación para público infantil y juvenil, catedrática y defensora del pensamiento crítico en ciencia.

[13] Sergio de Régules: físico por la UNAM, divulgador de ciencia con más de 30 años de trayectoria, autor de libros y artículos de divulgación, conferencista y coordinador científico de la revista *¿Cómo ves?*, galardonado con múltiples premios nacionales e internacionales en divulgación científica.

[14] Elaine Reynoso Haynes: directora de Formación e Investigación en Comunicación Pública de la Ciencia (DGDC-UNAM). Especialista en museos de ciencia, formación de divulgadores y diseño curricular en CPC, con más de 100 publicaciones y amplia experiencia internacional.

[15] Nemesio Chávez Arredondo: profesor del Departamento de Ciencias de la Comunicación, expresidente de SOMEDICYT A.C., galardonado con el Premio Latinoamericano a la Popularización de la Ciencia y la Tecnología 2025 en la categoría de Especialista.

conceptos y que se necesita un proceso cercano, casi artesanal, en el que los borradores de los participantes se trabajan con paciencia, comentario a comentario, hasta que las ideas encuentran claridad y ritmo. A diferencia de la corrección de estilo tradicional, en la que el editor actúa sobre un texto ya terminado, en los talleres el editor se convierte en guía y mediador. No se trata de "corregir", sino de mostrar posibilidades, señalar dónde puede haber una metáfora más precisa, sugerir reorganizar un párrafo para favorecer la fluidez o invitar a explorar recursos gráficos que potencien el mensaje.

Recuerdo el caso de una profesora de biología que en una de las primeras ediciones intentaba explicar un mecanismo celular complejo. Su borrador inicial estaba plagado de tecnicismos y, al leerlo en voz alta, nadie del grupo lograba seguir el hilo. En lugar de tachar términos, le propuse pensar en una analogía cercana a su experiencia cotidiana. Después de varias conversaciones terminó comparando el proceso celular con el funcionamiento de una pequeña cocina comunitaria, donde cada organelo era un cocinero con una tarea específica. El resultado fue un texto claro, ameno y memorable que no sólo explicaba con rigor, sino que también transmitía entusiasmo. Ese proceso de adaptación creativa mediado por la retroalimentación se convirtió en el núcleo del acompañamiento a los autores.

Las colaboraciones con expertos invitados entre 2020 y 2022 reforzaron esta dinámica. Clementina Equihua[16] permitió que los asistentes reflexionaran sobre cómo llevar un mensaje científico al formato sonoro y mostró la importancia de la voz, el ritmo y la entonación como recursos para

[16] Clementina Equihua: bióloga y divulgadora científica. Especialista en producción de pódcast y radio (*Habitare*, Radio UNAM), docente en biología y periodismo, investigadora en el Instituto de Ecología de la UNAM, con trayectoria en comunicación pública de la ciencia y participación en proyectos como los billetes de México.

generar cercanía y credibilidad con la audiencia. Guillermo Murray[17], en cambio, aportó herramientas narrativas para la escritura de artículos de divulgación y mostró cómo construir relatos claros y atractivos capaces de captar la atención de lectores no especializados. Estos encuentros evidenciaron que la divulgación es un campo plural donde cada formato exige habilidades distintas y obliga a repensar de manera continua la relación entre autor y audiencia.

A partir de 2023, cuando mi compañera Morgana Carranco, también editora de la *Revista Digital Universitaria*, y yo asumimos la titularidad de todos los módulos, el acompañamiento se volvió integral. Ya no contábamos con expertos externos de manera constante, sino con un equipo pedagógico formado por Morgana y por mí como docentes principales, quienes conocemos a fondo tanto la práctica editorial como los retos de la divulgación, acompañadas por Maura Pompa, subdirectora de gestión y sistematización del conocimiento, y por Miguel Ángel Hernández, subdirector de análisis del conocimiento en educación, ambos del CEIDE. Esta conformación nos permitió ofrecer una retroalimentación más coherente y personalizada, pues podíamos seguir la evolución de un mismo borrador desde el planteamiento inicial hasta la versión final y mantener un hilo conductor que integraba teoría, práctica y edición. En paralelo, invitábamos a colegas de la subdirección y a prestadores de servicio social de la RDU a participar como lectores críticos y así enriquecíamos el proceso con perspectivas diversas.

El acompañamiento era además un aprendizaje mutuo. Cada comentario de los participantes me obligaba a cuestionar mis propios métodos. Cuando un estudiante de posgrado en física me preguntó cómo evitar que sus metáforas sonaran “infantiles” comprendí la necesidad de enseñar

[17] Guillermo Murray-Tortarolo: licenciado en Ciencias Ambientales (UNAM), maestro en Biología (UNAM) y doctor en Matemáticas (University of Exeter). Su trabajo combina investigación sobre cambio climático y divulgación científica, con énfasis en la producción de artículos claros y rigurosos.

que la divulgación no trivializa, sino que construye puentes conceptuales. Esa pregunta me llevó a revisar ejemplos de divulgadores como Carl Sagan o Julieta Fierro, quienes logran explicar conceptos complejísimos —de la teoría de cuerdas al origen del universo— sin sacrificar elegancia ni rigor.

Las colaboraciones puntuales con expertos siguieron presentes en forma de charlas y referencias bibliográficas. Estrella Burgos ha sido una influencia constante en la discusión sobre la divulgación como herramienta contra las pseudociencias, mientras que Julieta Fierro ha sido modelo para mostrar cómo la pasión personal puede transformar la comunicación de la astronomía en una experiencia cercana y memorable. Además, textos como *Introducción a la comunicación escrita de la ciencia* de Ana María Sánchez Mora (2010) ofrecían a los participantes un marco teórico para comprender que la divulgación no es sólo informar, sino crear un discurso con intención estética sin perder claridad.

La riqueza del taller también se encontraba en la diversidad de productos finales. Algunos optaban por artículos breves de estilo narrativo, otros se inclinaban hacia infografías que combinaban texto e imagen y en ocasiones surgían pódcast o guiones para cápsulas de video. Cada formato implicaba un reto distinto, la infografía exigía pensar en jerarquía visual y síntesis, el pódcast requería ritmo y entonación y el artículo una voz narrativa clara y envolvente. Como editora con formación literaria, mi papel era ayudar a los autores a reconocer cuál era el mejor medio para su mensaje y a dotar de coherencia y atractivo a sus textos.

Metodológicamente, el taller se configuraba como un espacio híbrido con sesiones teóricas, ejercicios prácticos y retroalimentación individual. Plataformas como Google Classroom y Zoom nos permitían dar seguimiento a los borradores, compartir ejemplos y mantener un diálogo

constante fuera del aula presencial. Esa combinación de trabajo sincrónico y asincrónico facilitaba que cada participante avanzara a su propio ritmo y con la seguridad de que habría un acompañamiento cercano.

Casos ejemplares en el taller:

- **De lo técnico a lo cotidiano.** Una profesora de biología llegó al taller con un borrador lleno de tecnicismos sobre la fotosíntesis. Sus frases eran tan densas que los lectores se perdían en la primera página. Tras varias rondas de retroalimentación le propusimos pensar en imágenes cercanas a su día a día. Terminó explicando la fotosíntesis como una fábrica solar que transforma luz en alimento. La metáfora, sencilla y clara, iluminó el texto y le permitió reconocer nuevas maneras de enseñar su materia en el aula.
- **Cuando la ciencia se narra en primera persona.** Un estudiante de posgrado en física quería explicar la relatividad. Su primer intento fue un artículo lleno de fórmulas. En el taller lo animamos a escribir en primera persona y a contar cómo fue la primera vez que comprendió la dilatación del tiempo al leer un ejemplo en el metro de la ciudad. El resultado fue un relato personal que combinaba anécdota y ciencia y que atrapaba al lector porque transmitía emoción junto con rigor.
- **Transformar un artículo en un pódcast.** Una participante que investigaba sobre salud mental elaboró un texto sólido, pero al leerlo en voz alta descubrimos que tenía un ritmo casi radiofónico. Con apoyo de las herramientas vistas en el taller convirtió su borrador en un guion para pódcast y lo grabó con la ayuda de su equipo. Su voz cercana y precisa logró un alcance mayor al que habría tenido un texto escrito.
- **Infografía como síntesis visual.** Otro participante trabajaba en un artículo sobre la contaminación del agua. A pesar de los ajustes el texto seguía resultando denso. Le

propusimos migrar el contenido a una infografía, usar datos duros, esquemas y pequeñas cápsulas textuales. La experiencia le permitió descubrir que su tema "respiraba" mejor en un lenguaje visual. Aprendió que no todo se resuelve en un texto narrativo y que a veces la mejor divulgación se logra con imágenes y cifras bien organizadas.

- **Debates sobre pseudociencia.** En una de las ediciones un grupo discutió cómo responder a lectores que creen en la astrología o en terapias alternativas sin evidencia científica. La retroalimentación derivó en un ejercicio colectivo para escribir un artículo que, sin burlarse de las creencias, presentara evidencia científica con un tono accesible y respetuoso. El ejercicio mostró que la divulgación es también un acto ético, donde la empatía es tan importante como la claridad.

Estos ejemplos confirman que el acompañamiento editorial en un taller de divulgación no es un proceso lineal ni uniforme. Cada autor llega con un bagaje distinto —disciplinar, narrativo, emocional— y el reto consiste en ayudarlo a encontrar la forma más adecuada de comunicar su mensaje. A veces el camino es la metáfora, otras la primera persona y en ocasiones el recurso audiovisual o la síntesis gráfica. Lo central es generar un espacio de confianza en el que los participantes se atrevan a experimentar, reescribir y transformar sus borradores.

Para mí, estos casos también fueron aprendizajes. Me obligaron a dejar de pensar en la edición como una labor silenciosa y posterior y a concebirla como un diálogo creativo. Comprendí que acompañar a un autor en la divulgación implica escuchar sus dudas, atender sus inseguridades y mostrarle que existen múltiples caminos para hacer que su mensaje llegue a más personas.

En resumen, el acompañamiento a autores y la colaboración con expertos constituyen la esencia de los talleres de divulgación científica. Desde aquella primera edición de *De la idea a los medios*

digitales hasta la versión consolidada actual *Leer y escribir para la divulgación del conocimiento* (2025), el proceso ha sido una espiral de aprendizaje acumulado que ha implicado integrar teoría y práctica, retroalimentar según las necesidades de cada grupo y nutrirse de referentes nacionales e internacionales que inspiran nuevas formas de enseñar. La enseñanza de la divulgación se revela como un ejercicio de mediación cultural capaz de hacer que el conocimiento circule, se vuelva comprensible y genere vínculos significativos entre quienes lo producen y quienes lo reciben.

Actividades de formación y divulgación

La experiencia como tallerista y coordinadora de la RDU no se limitó a la escritura de artículos ni al acompañamiento editorial. En paralelo se desplegaron actividades de formación y divulgación que ampliaron los horizontes de mi práctica profesional y generaron espacios de encuentro con públicos diversos. Estas actividades tenían un doble propósito. Por un lado pretendían fortalecer las competencias de estudiantes y docentes en la escritura académica y divulgativa y por otro contribuían a la circulación del conocimiento en formatos accesibles, atractivos y con pertinencia social.

Jornadas de divulgación

Las "Jornadas de divulgación de las ciencias, las artes y las humanidades" fueron uno de los espacios más significativos, realizadas los días 20, 21 y 22 de octubre de 2022 en la ENES Morelia y en el Centro Cultural Morelia. Estos encuentros se organizaron como espacios abiertos donde los participantes de talleres, especialistas invitados y miembros del equipo editorial compartían proyectos de comunicación científica y humanística. No sólo funcionaban como vitrinas para mostrar avances sino también como foros de reflexión colectiva.

En una de las jornadas, por ejemplo, un grupo de participantes presentó artículos sobre temas tan diversos como el cambio climático, la historia de los alimentos y las implicaciones de la inteligencia artificial en la educación. El diálogo posterior con el público fue tan enriquecedor como el proceso de escritura y surgieron preguntas sobre la pertinencia del lenguaje, la manera de representar gráficamente los datos y los límites entre opinión y divulgación. Como coordinadora, mi papel consistió en moderar, orientar y abrir el debate hacia preguntas críticas: ¿Qué hace que un texto sea confiable? ¿Cómo se construye credibilidad ante lectores no especializados? ¿Qué diferencias existen entre un artículo de opinión y uno de divulgación científica?

Estas jornadas también fortalecieron la dimensión comunitaria de la divulgación. Autores que llegaban inseguros a sus primeras sesiones de taller terminaban compartiendo públicamente sus textos, reconociendo que la escritura no se valida sólo en la página sino en el encuentro con lectores reales.

Asesorías en escritura académica y normas de citación

Otro frente de trabajo estuvo ligado a las asesorías sobre normas APA 7 y escritura académica, que surgieron como respuesta a una necesidad recurrente: muchos docentes y estudiantes tenían interés en publicar pero enfrentaban obstáculos formales al momento de estructurar artículos, citar fuentes o preparar manuscritos para revistas electrónicas.

Como parte de nuestro objetivo de compartir herramientas útiles con los lectores de la revista, mi compañera Morgana y yo elaboramos el prontuario *Caja de herramientas 4: m-APA 7. Claves para*

citar como experto(a)[18], que reúne pautas de citas y referencias según el Manual de la APA, séptima edición.

El documento reúne ejemplos claros y prácticos que van desde cómo citar un libro o un artículo académico hasta la forma correcta de referirse a recursos digitales, con la intención de ofrecer una guía rápida y accesible para la comunidad universitaria.

El éxito del prontuario superó nuestras expectativas. A partir de su difusión comenzaron a solicitarnos asesorías personalizadas que, con el tiempo, se transformaron en microtalleres bajo el título "mAPA-7. Claves para citar como experto(a)". Estos espacios se enfocaron en resolver dudas puntuales —elaborar una lista de referencias bibliográficas, decidir entre una cita directa y una paráfrasis o integrar adecuadamente recursos visuales— pero también en enfatizar un aspecto de fondo, la importancia de la honestidad intelectual y la transparencia en la escritura académica.

Una buena referencia no es un mero requisito formal. Es una forma de reconocer el trabajo de otros y de situar el propio discurso dentro de una red de conocimiento. Ese fue el mensaje que procuramos transmitir y los resultados fueron palpables. El acompañamiento cercano permitió que varios participantes no sólo aprendieran a dar formato correcto a sus textos sino que se atrevieran a enviar artículos a revistas estudiantiles o de divulgación. En algunos casos, el paso de las asesorías al microtaller y de allí a la publicación representó un trayecto completo de formación en escritura académica y divulgativa.

[18] Disponible para consulta y descarga en: https://www.ceide.unam.mx/wp-content/uploads/2024/08/CajaHerramientas4_V07.pdf

Contribución a la formación de habilidades profesionales

Estas actividades de formación y divulgación pusieron en práctica lo que Sergio de Régules ha defendido en sus textos, que la divulgación científica puede y debe pensarse como una forma de literatura con recursos narrativos que enriquezcan la claridad y la persuasión del discurso. En paralelo, la experiencia confirmó la afirmación de Ana María Sánchez Mora en *La divulgación de la ciencia como literatura*, que el objetivo último de la comunicación pública de la ciencia es mover al lector, despertar en él un interés genuino por entender, cuestionar y disfrutar del conocimiento.

La convergencia de talleres, jornadas, asesorías y publicaciones me permitió ver que la escritura de divulgación no es un género aislado sino una práctica que articula competencias literarias, editoriales, académicas y digitales. A través de estas experiencias comprendí que el acompañamiento a autores y la formación en entornos educativos no sólo benefician a quienes participan directamente sino que generan una cadena de transformaciones. Los textos circulan, llegan a lectores diversos y contribuyen a una cultura universitaria más crítica y abierta.

Vínculo con la creación literaria

Al mirar hacia atrás me doy cuenta de que mi formación en la licenciatura de Creación Literaria no sólo me enseñó a escribir sino también a pensar en la escritura como un acto de reflexión, mediación y comunicación. ¿Cómo trasladar esta experiencia a un taller de divulgación científica? Esa fue una de las preguntas que me acompañó desde los primeros encuentros con docentes, estudiantes e investigadores. La respuesta no apareció de inmediato pero sí se fue construyendo a partir de la práctica. Cada sesión, cada borrador revisado, me enseñaba nuevas formas de unir lo literario con lo divulgativo.

En los cursos de historia de la literatura, por ejemplo, recorrimos siglos, estilos y geografías. Aprendí a reconocer cómo los autores resolvían problemas de estructura o ritmo, cómo seleccionaban la voz y el tono según la audiencia de su tiempo. ¿Por qué eso importa en la divulgación científica? Porque un artículo no es sólo información, es experiencia, narrativa y escucha del lector. La forma en que un cuento de vanguardia rompe con la linealidad o cómo la narrativa contemporánea mexicana maneja los silencios y las elipsis puede inspirar estrategias para ordenar un artículo, captar la atención y mantenerla sin sacrificar claridad ni rigor.

La teoría literaria y el análisis del discurso se convirtieron en herramientas esenciales. Comprender cómo funcionan las voces del relato o cómo organizar un argumento coherente me permitió más tarde guiar a los participantes de los talleres en la construcción de textos que fueran claros y rigurosos pero también cercanos. Me pregunto constantemente cómo puedo ayudar a que un concepto complejo sea comprensible sin volverlo banal, cómo conservar la voz del autor mientras sugiero cambios de estilo o estructura. Cada duda que surge en la revisión de un borrador me remite a esas preguntas y cada hallazgo en un taller se transforma en aprendizaje propio.

Y luego está la práctica de la creación literaria. Escribir cuentos, ensayos, novelas o guiones me enseñó a jugar con la estructura, a cuidar el ritmo de las frases, a escuchar la cadencia de la voz narrativa. Esa sensibilidad, que primero pensé que pertenecía sólo al terreno de la literatura, se volvió crucial en la divulgación. ¿No es acaso el ritmo de una frase o la claridad de una metáfora lo que permite que un lector no experto siga un tema complicado sin perderse? Enseñar a otros a trasladar estas técnicas a sus artículos, a sus infografías o pódcast ha sido uno de los ejercicios más satisfactorios. Ver cómo los participantes encuentran su propia voz mientras incorporan herramientas narrativas y estructurales es la prueba de que la creación literaria y la divulgación pueden coexistir de manera fértil.

No puedo dejar de mencionar las destrezas profesionales que desarrollé durante la licenciatura y que se vuelven indispensables en la práctica de los talleres. Producción editorial, crítica literaria, periodismo literario. Todas estas competencias me permiten organizar sesiones, ofrecer retroalimentación efectiva, proponer cambios sin imponer y acompañar a los autores en un proceso que va más allá de la corrección. Se trata de enseñar a comunicar con claridad, ética y creatividad. Cada borrador que reviso, cada conversación con un participante, me recuerda que la escritura no es un acto solitario, es un diálogo con el lector, con la tradición literaria y con el propio autor.

La conexión entre la creación literaria y la divulgación científica no se limita al uso de técnicas narrativas o a la sensibilidad estética. También está en la mirada crítica, en la capacidad de analizar, de reflexionar sobre el propio texto y sobre cómo será recibido. Me pregunto qué hace que un artículo sea memorable, que despierte curiosidad sin sacrificar precisión, cómo lograr que la divulgación no sea sólo un acto informativo sino un ejercicio de persuasión, claridad y disfrute. Son preguntas que me guían tanto en la docencia como en la edición y que revelan que las habilidades adquiridas en la licenciatura tienen un alcance mucho más amplio de lo que imaginé al iniciar la carrera.

En los talleres, cada ejercicio, cada borrador, cada propuesta de artículo se convierte en un laboratorio donde la teoría literaria, la práctica creativa y la divulgación científica se encuentran. Es fascinante observar cómo un participante aplica la cadencia de una frase poética en la introducción de su artículo o cómo organiza argumentos siguiendo principios narrativos aprendidos en los talleres de cuento y ensayo. La formación literaria deja de ser un bagaje académico y se transforma en herramienta viva para la creación, la mediación y la enseñanza.

Al final reflexiono sobre la relación entre lo literario y lo divulgativo. Escribir para otros, enseñar a otros a escribir, editar y acompañar la publicación de textos amplía mi propia comprensión de la escritura. La creación literaria se convierte en el puente que permite unir claridad, rigor y estilo en un espacio donde las habilidades adquiridas en la licenciatura se trasladan al mundo real de la divulgación, la docencia y la formación de nuevos autores. Enseñar a escribir ciencia y humanidades no es sólo transmitir conocimiento, es aprender a comunicar, a escuchar y a crear puentes entre el autor, el texto y el lector.

Discusión: aprendizajes, retos y reflexiones en primera persona

A veces me pregunto en qué momento la escritura dejó de ser un gesto íntimo, casi secreto, y se convirtió en un oficio compartido. La escritura creativa, tal como la concebí en los primeros semestres de la licenciatura, tenía que ver con mi voz, con la búsqueda de un estilo propio, con esa obsesión por encontrar la frase justa o la imagen precisa. Sin embargo, con el tiempo comprendí que escribir también podía ser un acto de acompañamiento, ayudar a otros a encontrar su voz, facilitar el acceso a un conocimiento, abrir un espacio de diálogo. Esa transformación, que no fue inmediata, marca el núcleo de lo que hoy entiendo como mi trayectoria profesional.

La edición se me reveló como una prolongación de la escritura. No se trata sólo de corregir erratas o uniformar estilos, editar es entrar en el territorio del otro con respeto, con la conciencia de que la palabra ajena también merece ser cuidada. Escribir y editar, en ese sentido, no son prácticas opuestas sino complementarias. ¿Cómo no pensar que un editor es también un escritor en sombra, alguien que pule, ordena, orienta y en ocasiones incluso anticipa lo que el autor quiso decir pero no alcanzó a formular con claridad?

El paso por la divulgación científica acentuó esta perspectiva. Descubrí que el reto no estaba únicamente en comprender un tema complejo sino en trasladarlo a un lenguaje capaz de convocar a públicos diversos. ¿Cómo hablar de física, de biología, de salud mental o de literatura contemporánea sin caer en tecnicismos que excluyen y sin simplificar al grado de vaciar de sentido los conceptos? Esa tensión, lejos de ser un obstáculo, se convirtió en un motor creativo. Encontrar la forma justa de decir, la metáfora adecuada, el tono que invite a la curiosidad sin perder rigor.

De ahí que me guste pensar la divulgación y la edición como territorios de frontera. No son campos fijos ni estables sino espacios intermedios donde se cruzan lenguajes, disciplinas y públicos. Y quizá ese carácter fronterizo sea lo que más me atrajo desde el inicio. Como creadora literaria

aprendí a leer el mundo a través de relatos, como editora y divulgadora aprendí a hacer que esos relatos pudieran ser compartidos, discutidos, ampliados. En ambos casos la palabra está en el centro, pero su función cambia, a veces como exploración estética, a veces como herramienta de acceso al conocimiento.

¿Y qué aporta entonces alguien formado en creación literaria a estos otros territorios? Creo que, sobre todo, una mirada narrativa. Cuando corrijo un artículo o acompaño un manuscrito, indago sobre su hilo conductor, su ritmo interno, esa trama que sostiene los argumentos como si fueran personajes en una historia. Cuando diseño un taller pienso en cómo dosificar la información, cómo generar suspenso o sorpresa, cómo lograr que los participantes se apropien de lo que aprenden. Escribir, editar, enseñar, en todas esas prácticas la narración se vuelve la clave.

Al mirar en retrospectiva entiendo que mi paso de la escritura individual a la escritura compartida no fue una renuncia sino una expansión. La creatividad literaria no se perdió, se transformó en criterio editorial, en estrategias didácticas, en recursos de divulgación. Ese tránsito me ha enseñado que la escritura, más que un territorio delimitado, es un campo en permanente transformación, capaz de abrirse a escenarios insospechados.

Si algo me enseñó la práctica editorial es que la escritura nunca está sola. Circula, se transforma y se completa en el diálogo con otros. En los talleres, por ejemplo, lo pude observar con claridad. Había quienes llegaban convencidos de que escribir para el público era una tarea imposible, un terreno reservado a periodistas o divulgadores “profesionales”. Sin embargo, con paciencia y acompañamiento, esos mismos participantes encontraban un tono propio y lograban explicar un hallazgo científico a través de una anécdota personal o narrar un proceso de investigación como si

se tratara de una historia detectivesca. ¿No es acaso ese momento, cuando alguien se da cuenta de que sí puede contar, uno de los aprendizajes más valiosos de la docencia y de la edición?

En ese sentido, mi forma de entender la escritura se amplió. Ya no pienso sólo en el texto acabado, listo para ser publicado, sino en el proceso que lo sostiene. Cada borrador, cada corrección, cada duda expresada en el margen es parte de una conversación que no se ve, pero que sostiene lo que finalmente se lee. La edición me enseñó a valorar esos procesos invisibles, a darles un lugar en la narrativa general del trabajo. Y creo que ese es uno de mis aportes al campo profesional, mirar los textos no únicamente como productos sino como procesos pedagógicos y creativos.

Otra dimensión importante tiene que ver con el rigor. La literatura me había acostumbrado a procurar la originalidad y la expresividad, pero la divulgación y la edición me confrontaron con la necesidad de la precisión. No basta con escribir de manera bella, hay que escribir con claridad, con honestidad, con datos verificables. En un mundo saturado de información y desinformación, ¿cómo garantizar que los textos que editamos o publicamos se sostengan en la credibilidad? La respuesta no es sencilla, pero he aprendido que empieza por un compromiso ético. Verificar, contrastar, no dar por hecho lo que se escucha y al mismo tiempo no perder la capacidad de asombro.

Esa ética de la escritura es quizá el lugar donde se cruzan con mayor claridad mis dos formaciones, la literaria y la editorial divulgativa. Porque la literatura también exige una ética, aunque de otra índole, respeto por la palabra, por la tradición, por la voz propia. La divulgación en cambio exige respeto por el conocimiento, por la comunidad científica, por el público que confía en que le daremos información rigurosa. Ambas éticas se encuentran en el mismo punto, la responsabilidad frente a lo que decimos y frente a quienes lo leen.

Me gusta pensar que esta experiencia también me transformó como lectora. Ya no leo de la misma manera. Mientras avanzo por un texto, casi de manera automática detecto estructuras, intenciones, recursos narrativos. Pienso en cómo ese texto podría dialogar con un lector no especializado o cómo podría enriquecerse si se llevara a un formato distinto. Es como si la práctica editorial me hubiera dado una segunda mirada, la del lector profesional, ese que no sólo disfruta sino que también analiza y se pregunta qué decisiones tomó el autor y cuáles podría haber tomado de otra forma.

Y al final todo regresa a una pregunta. ¿Qué significa formar parte de un campo profesional? Para mí significa reconocer que mis aportes, la narrativa, la sensibilidad editorial, la experiencia en talleres, no son piezas aisladas sino engranajes en un mecanismo mayor, el de la comunicación pública de la ciencia y las humanidades. Ser editora y formadora no es una posición secundaria sino una responsabilidad central en el proceso de hacer que el conocimiento circule, que llegue a más personas, que se vuelva significativo.

Uno de los aportes más claros de mi experiencia ha sido la insistencia en tender puentes entre el mundo digital y la escritura. La edición de revistas electrónicas me colocó en un terreno en el que no basta con cuidar la ortotipografía, también es necesario pensar en la experiencia del lector en pantalla, en la accesibilidad de los textos, en la manera en que los hipervínculos, las imágenes y los recursos multimedia pueden enriquecer la lectura sin distraerla. ¿Cómo lograr que un artículo científico no sólo esté bien escrito sino que también sea navegable y atractivo en un entorno digital? Esa pregunta, que me he hecho muchas veces en la práctica, creo que sintetiza bien mi contribución, mirar la edición como un espacio expandido donde lo literario se cruza con lo tecnológico.

También me interesa pensar en los talleres que he impartido como una aportación. A primera vista un taller puede parecer una actividad aislada, un paréntesis formativo. Pero en realidad cada uno de ellos es una semilla. Abre posibilidades a quienes participan, genera nuevas prácticas de lectura y escritura y en algunos casos despierta vocaciones. Me gusta imaginar que, en unos años, alguno de los asistentes estará editando una revista, escribiendo para un público general o enseñando a otros lo que aprendió en esas sesiones. Si la edición es un trabajo muchas veces invisible, los talleres lo son aún más. Sus frutos se ven con el tiempo. Pero justo por eso son valiosos, porque permiten pensar en el campo profesional como una comunidad en constante formación.

Otro aporte que considero significativo es la perspectiva interdisciplinaria. Mi formación en creación literaria me dio herramientas narrativas y sensibilidad hacia la palabra. El trabajo editorial me obligó a dialogar con científicos, diseñadores, programadores, divulgadores. Ese cruce de lenguajes no siempre es sencillo, a veces implica desentrañar terminología especializada, negociar prioridades, conciliar expectativas, pero al mismo tiempo es lo que enriquece el resultado. Si algo puedo aportar al campo es esa capacidad de mediar entre mundos, de escuchar a quien explica un experimento en términos técnicos y ayudarle a transformarlo en una narración clara, o de acompañar a un autor literario para que incorpore datos rigurosos sin perder la fluidez de su estilo.

Creo que, en conjunto, mis aportes giran en torno a un mismo eje, poner la escritura al servicio de la comunicación sin perder de vista su potencial estético. Si la literatura me enseñó a cuidar las palabras, la edición me enseñó a abrirlas; si la divulgación me mostró la importancia de la claridad, la práctica docente me recordó que esa claridad también puede ser bella. En ese cruce de caminos se ha transformado mi forma de entender el oficio y allí reconozco mi lugar dentro del campo profesional.

Al mirar hacia atrás me doy cuenta de que lo más valioso de esta experiencia no ha sido sólo acumular herramientas técnicas sino repensar lo que significa escribir y editar en la actualidad. La escritura ya no es únicamente un acto solitario ni la edición un trabajo de escritorio en el que se corrigen erratas o se pulen frases. Hoy en día escribir y editar son también prácticas sociales. Implican escuchar a otros, imaginar lectores posibles, anticipar usos de la palabra en contextos que van desde el aula universitaria hasta las redes sociales.

Esa constatación transformó mi manera de concebir mi propio oficio. Antes veía la edición como un conjunto de procesos más o menos fijos, recepción de textos, corrección, dictamen, publicación. Ahora la entiendo como un campo flexible y vivo donde cada decisión editorial es también una decisión ética y política. ¿A quién le damos voz? ¿Qué formatos privilegiamos? ¿Cómo aseguramos que el conocimiento circule sin barreras innecesarias? No siempre hay respuestas únicas, pero hacerse esas preguntas ya forma parte de la responsabilidad profesional.

La experiencia me enseñó también que la escritura y la edición no son prácticas excluyentes sino complementarias. Editar me volvió más consciente de mis propios hábitos como escritora; escribir me hizo más sensible a las tensiones y dudas de los autores que acompaño como editora. Ambas facetas dialogan constantemente y en ese diálogo encontré un lugar de crecimiento.

Si tuviera que sintetizar mi aporte al campo profesional en una frase diría que consiste en **humanizar la edición y la escritura en contextos de divulgación científica**. Humanizar, en este sentido, significa recordar que detrás de cada texto hay una voz, una intención, una historia, y que frente a cada texto hay lectores diversos con necesidades y expectativas distintas. Poner en el centro esa relación humana sin sacrificar el rigor ni la calidad es quizá la mayor lección que me llevo de este trayecto.

Conclusiones: logros, desafíos y caminos por recorrer

Cuando pienso en los logros alcanzados a lo largo de este trayecto no puedo reducirlos únicamente a cifras, aunque estas ayudan a dimensionar el camino recorrido. Prefiero entenderlos como hitos que marcaron momentos de aprendizaje, de consolidación y de apertura hacia nuevas posibilidades.

El primero de ellos fue mi inserción en revistas universitarias de prestigio como la *Revista Digital Universitaria*, la *Revista de la Universidad de México*, la *Gaceta UNAM* y *Educación Química*. Cada una de estas experiencias significó un reto distinto; mientras en la *Revista de la Universidad de México* aprendí a dialogar con una tradición cultural consolidada, en *Gaceta UNAM* exploré la escritura breve y la inmediatez del periodismo; la *Revista Digital Universitaria* me permitió afianzar mi papel como editora asociada con responsabilidades que iban desde la planeación de contenidos hasta la formación de autores, y en *Educación Química* tuve la oportunidad de acercarme a un campo especializado y exigente donde el rigor académico se convierte en garantía de calidad editorial. Esa diversidad de contextos amplió mi mirada; entendí que la edición no es una práctica uniforme, sino un oficio maleable que se adapta a las necesidades de cada comunidad de lectores.

Otro logro significativo fue mi experiencia con plataformas de gestión editorial como Open Journal Systems (OJS) y con los procesos de indexación internacional. Estos ámbitos, que en un inicio parecían alejados de la creación literaria, me mostraron la dimensión técnica y estructural de la edición académica. Revisar metadatos, verificar consistencias de licencia, atender observaciones de evaluadores externos o preparar una revista para cumplir con los criterios del Directory of Open Access Journals (DOAJ) permitió comprender que la visibilidad de un texto no depende sólo de su calidad intrínseca, sino también de la forma en que se inserta en los sistemas globales de circulación del conocimiento. Haber participado en estos procesos me dio una visión más amplia de lo que

significa “editar”, no sólo mejorar un texto, sino garantizar su permanencia y accesibilidad en un sistema de información cada vez más competitivo.

Al mismo tiempo he podido consolidar un perfil híbrido en el que conviven la creadora literaria, la editora y la divulgadora. Este cruce de identidades profesionales no fue un plan preconcebido, sino el resultado de múltiples experiencias que se fueron trenzando con el tiempo. La escritura literaria me enseñó a trabajar con la intuición, la metáfora y el ritmo; la edición me llevó a desarrollar paciencia, rigor y atención al detalle, y la divulgación me abrió la posibilidad de convertir la complejidad en claridad, de trasladar la ciencia a narrativas accesibles. Hoy reconozco que este perfil híbrido no es una rareza, sino una fortaleza que me permite moverme con soltura en distintos escenarios y tender puentes entre mundos que a veces parecen inconexos.

Finalmente destaco como logro fundamental el diseño y la coordinación de talleres de divulgación científica. A través de *De la idea a los medios digitales* y más adelante de *Leer y escribir para la divulgación del conocimiento* pude acompañar a más de un centenar de participantes en el tránsito desde la idea inicial hasta el producto terminado: artículos, infografías, videos, pódcast. Estos talleres fueron mucho más que ejercicios prácticos; se convirtieron en laboratorios de experimentación colectiva donde cada participante exploraba su voz y al mismo tiempo se reconocía como parte de una comunidad interesada en compartir el conocimiento. Coordinar estos espacios fue también un acto de aprendizaje personal; confirmé que la docencia y la edición se parecen más de lo que se cree porque en ambos casos se trata de escuchar, orientar y dar herramientas para que otros desplieguen su propio potencial.

En conjunto estos logros han permitido entender que mi trayectoria no se reduce a una suma de publicaciones o proyectos, sino a la construcción de un oficio en constante movimiento. Ser editora,

escritora y divulgadora es al mismo tiempo un destino y un punto de partida; lo que ya se ha alcanzado es sólo la base para lo que está por venir.

Si los logros muestran lo que se ha consolidado los desafíos señalan aquello que aún requiere atención, ajuste y aprendizaje constante. A menudo estas dificultades se entrelazan con los mismos espacios que he aprendido a habitar: la escritura, la edición y la divulgación científica.

Uno de los desafíos más persistentes ha sido **equilibrar el rigor académico con la accesibilidad**. La divulgación científica exige claridad y precisión, pero también empatía con el lector no especializado. ¿Cómo mantener la exactitud de un concepto complejo sin que la explicación se vuelva inaccesible o monótona? Cada taller y cada artículo han recordado que este equilibrio es delicado. En ocasiones, al intentar simplificar demasiado, corro el riesgo de perder matices esenciales; otras veces el exceso de tecnicismos puede alejar al lector. Esta tensión constante obliga a reflexionar sobre la escritura no sólo como transmisión de información, sino como diálogo activo entre autor y audiencia.

Otro desafío surge en el ámbito de la **edición digital**. La visibilidad, la difusión y la sostenibilidad de las revistas electrónicas requieren estrategias que van más allá del contenido: optimización de metadatos, gestión de licencias, promoción en redes, compatibilidad con plataformas internacionales. La publicación digital ofrece posibilidades inéditas, pero también demanda atención al detalle técnico y planificación estratégica. La pregunta que acompaña este proceso es ¿cómo lograr que un artículo, un ensayo o una investigación tenga alcance real sin comprometer su calidad y rigor? Esta inquietud ha sido un motor constante de aprendizaje que impulsa a explorar nuevas herramientas y a pensar en la edición como un proceso integral donde cada decisión técnica tiene repercusión en la circulación del conocimiento.

Un tercer desafío que identifico es **el riesgo de que la creatividad quede subordinada a la técnica editorial**. En la labor de corrección y estructuración de textos existe la tentación de priorizar la forma sobre la voz del autor. Aprender a mantener el equilibrio entre disciplina y libertad creativa ha sido un aprendizaje diario. ¿Cómo garantizar que un texto sea coherente, claro y correcto sin sofocar la originalidad que lo hace valioso? Esta pregunta obliga a ejercer la paciencia, la escucha atenta y el juicio crítico y recuerda que el oficio de editar no es imponer reglas, sino acompañar a los autores para que encuentren su mejor versión.

Además se suman **retos relacionados con la formación de otros**; cada taller y asesoría requiere adaptar contenidos a distintos niveles de conocimiento y estilos de aprendizaje. No todos los participantes llegan con la misma preparación y esto exige flexibilidad, creatividad pedagógica y capacidad de anticipar dificultades. Transformar estas diferencias en oportunidades de aprendizaje colectivo sigue siendo un desafío constante aunque también una de las experiencias más gratificantes.

En conjunto estos desafíos no representan obstáculos insalvables, sino territorios de crecimiento. Cada uno recuerda que la escritura, la edición y la divulgación son procesos dinámicos donde siempre hay espacio para aprender, experimentar y evolucionar. La pregunta que guía ahora es ¿cómo transformar estos retos en impulso para consolidar mi perfil profesional y aportar más valor al campo editorial y divulgativo?

Mirando hacia el futuro mis proyecciones profesionales se construyen sobre la experiencia acumulada, pero también sobre la curiosidad y la voluntad de explorar nuevas fronteras de la escritura, la edición y la divulgación científica. Cada taller coordinado, cada artículo revisado y cada proyecto de divulgación completado me han enseñado que el aprendizaje nunca se detiene y

que las oportunidades emergen de la intersección entre disciplina, creatividad y apertura a nuevas formas de comunicación.

Una de mis proyecciones más inmediatas es **profundizar en la divulgación científica y la edición universitaria**. La experiencia en revistas como la *Revista Digital Universitaria*, *Educación Química* y la *Revista de la Universidad de México* ha mostrado que la edición académica es un campo que combina rigor, creatividad y responsabilidad social. El objetivo es consolidar un perfil que permita no sólo publicar contenido de calidad, sino también formar a otros autores, acompañarlos en su proceso creativo y fortalecer la circulación del conocimiento científico y humanístico.

Al mismo tiempo pretendo **explorar nuevas narrativas digitales**. Los pódcast, los videos, las publicaciones interactivas y los formatos multimedia ofrecen posibilidades inéditas para conectar con audiencias diversas. Cada uno de estos formatos requiere habilidades distintas: narrativa sonora, montaje audiovisual, diseño de experiencias interactivas, ritmo y estructura de la información. La pregunta que acompaña este interés es ¿cómo trasladar la riqueza de la escritura literaria y científica a estos formatos sin perder precisión ni estilo? Experimentar con estas herramientas representa un horizonte que combina tecnología, creatividad y pedagogía.

Otra proyección relevante es considerar una **maestría en edición, comunicación de la ciencia o estudios literarios**. Esta opción no sólo profundizaría el conocimiento teórico y metodológico, sino que abriría espacios de reflexión crítica sobre los procesos editoriales, la circulación del conocimiento y la formación de audiencias. La posibilidad de articular la investigación académica con la práctica profesional sería un paso estratégico para consolidar un perfil híbrido capaz de integrar creación literaria, docencia, edición y divulgación.

En el centro de estas proyecciones se encuentra una idea recurrente: la escritura es un puente entre conocimiento y comunidad. Cada proyecto, taller o publicación es una oportunidad para reflexionar sobre cómo acercar la ciencia, la literatura y las humanidades a distintos públicos sin sacrificar rigor ni creatividad. La pregunta guía sigue siendo la misma: ¿cómo transformar la experiencia acumulada en prácticas innovadoras que fomenten la curiosidad, el pensamiento crítico y el disfrute de la lectura en diversas audiencias?

Al mirar hacia atrás la licenciatura en Creación Literaria se revela como un eje fundamental que ha articulado mi práctica profesional, mis intereses creativos y mi acercamiento a la divulgación. Cada asignatura cursada, desde los talleres de cuento y novela hasta las materias de dramaturgia y ensayo, cimentó mi capacidad narrativa y enseñó a construir mundos, voces y argumentos que conectan con lectores de manera directa y significativa. La escritura literaria, lejos de ser un ejercicio puramente estético, se transformó en una herramienta de precisión y empatía capaz de transmitir ideas complejas con claridad y sensibilidad.

Las materias de destrezas profesionales —Producción editorial, Crítica literaria, Promoción de la literatura y Periodismo de investigación— brindaron herramientas concretas para enfrentar los desafíos del mundo editorial y de la divulgación. Aprendí a organizar contenidos, revisar estilos, guiar a otros autores y participar en procesos de publicación que combinan rigor, ética y creatividad. Estos conocimientos prácticos fueron esenciales para diseñar talleres de divulgación, asesorar en normas APA, acompañar la creación de artículos y coordinar proyectos editoriales que involucran a autores, especialistas y audiencias diversas.

Más allá de la teoría y la técnica la licenciatura permitió unir reflexión y práctica; ayudó a entender que la escritura no sólo es expresión personal, sino también un oficio con alcance profesional y

social. La interacción constante con textos literarios, proyectos editoriales y ejercicios creativos cultivó una actitud crítica frente a la información, fortaleció la capacidad de análisis y enseñó a valorar la lengua como un instrumento de precisión, creatividad y comunicación.

Finalmente esta formación integral permitió trazar un perfil híbrido como esos puentes que no se conforman con unir orillas, sino que se convierten en pasajes habitados: entre la creación literaria y la edición, entre la docencia y la divulgación científica. La licenciatura no fue sólo un espacio para aprender a leer con hondura y a escribir con precisión; fue también una forma de acompañamiento que permitió guiar procesos y dar voz a otros en la circulación del conocimiento.

En suma me dio la certeza de que los oficios de la palabra pueden dialogar con los de la ciencia y que la literatura, cuando se abre camino en entornos profesionales, no pierde su fuerza creativa, sino que la multiplica en formas inesperadas. Hoy sé que mis pasos se inscriben en un territorio complejo, creativo y colectivo y que cada proyecto invita a seguir tendiendo puentes entre literatura, ciencia y sociedad con la convicción de que en esa trama compartida se construye también el porvenir.

Referencias: voces y lecturas que guiaron el recorrido

Alonso Gamboa, J. O. (2017). Transformación de las revistas académicas en la cultura digital actual. *Revista Digital Universitaria (RDU)*, *18*(3). http://www.revista.unam.mx/vol.18/num3/art22/index.html

Cassany, D. (2007). *Afilar el lapicero. Guía de redacción para profesionales*. Anagrama.

Cassany, D. (2022). *La cocina de la escritura*. Anagrama.

Chartier, R. (2008). Aprender para leer, leer para aprender. En J. A. Millán (Coord.), *La lectura en España* (pp. 23-42). Ministerio de Cultura, Centro de Publicaciones. https://www.fge.es/lalectura/docs/chartier.pdf

Culturas 22. (2023, 23 agosto). *La Revista Digital Universitaria de la UNAM. Debate 22. martes 22 de agosto de 2023* [Vídeo]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=VMKNFg2SFxQ

De la Mora Campos, S. (Presentadora). (2022, julio 11). ¿Quién es el editor?, hacia la 3D (Núm. 28). [Emisión de Radio]. En *Interlínea*. Universidad Autónoma Metropolitana. https://www.interlineaculturaeditorial.com.mx/es/quien-es-el-editor-hacia-la-3d

De Régules, S. (2024a). *Y sin embargo te mueve: Deleitar, conmover y persuadir con la ciencia*. Grano de sal.

De Régules, S. (2024b). Sergio de Régules: un viaje por las curiosidades fascinantes de la Ciencia. *Aprendemos juntos Mex*. https://www.youtube.com/watch?v=OE7je48rf3A

Delgado López-Cózar, E., (2015). Las revistas electrónicas en acceso abierto: pasado, presente y futuro. *RELIEVE. Revista Electrónica de Investigación y Evaluación Educativa, 21*(1), 1-15. http://www.redalyc.org/pdf/916/91641631001.pdf

Eco, U. (1996). *Seis paseos por los bosques narrativos: Harvard University, Norton Lectures, 1992-1993*. Lumen Juvenile.

https://www.guao.org/sites/default/files/biblioteca/Umberto%20Eco.%20Seis%20paseos%20por%20los%20bosques%20narrativos.pdf

Estrada Corona, Adrián. (2025, marzo-abril [2010, 1 de diciembre]). *Revista Digital Universitaria, un proyecto visionario que se adelantó a su tiempo*. *Revista Digital Universitaria (RDU)*, 26(2). http://doi.org/10.22201/ceide.16076079e.2025.26.2.10

Fisher Saller, C. (2022). Hacia la precisión, la claridad y la congruencia ¿Qué hacen los correctores?. En P. Ginna (Coord.), *La labor del editor. El arte, el oficio y el negocio de la edición* (pp. 163-176). Fondo de Cultura Económica.

García Martínez, B. J. (2015). Aspectos técnicos relevantes en la transición de las revistas al entorno electrónico. *Revista Digital Universitaria (RDU)*, *16*(3). http://www.revista.unam.mx/vol.16/num3/art16/index.html

Genette, G. (2001). *Umbrales*. Siglo XXI.

Ginna, P. (2022). *La labor del editor. El arte, el oficio y el negocio de la edición*. Fondo de Cultura Económica.

Lerner, B. (2022). ¿Qué tiene que ver el amor? La relación entre autor y editor. En P. Ginna (Coord.), *La labor del editor. El arte, el oficio y el negocio de la edición* (pp. 113-123). Fondo de Cultura Económica.

Olson, R. (2018). *Don't Be Such a Scientist, Second Edition: Talking Substance in an Age of Style*. Island Press.

Ordoñez, J. (2023). El Open Access: un medio para la democratización del conocimiento. *Revista De La Educación Superior*, *52*(205), 85-102. https://doi.org/10.36857/resu.2023.205.2371

Sánchez Mora, A. M. (2010). *Introducción a la comunicación escrita de la ciencia*. Universidad Veracruzana. https://doi.org/10.25009/uv.2006.131

Sánchez Mora, A. M. (2016). *La divulgación de la ciencia como literatura*. Divulgación para Divulgadores, Dirección General de Divulgación de la Ciencia. DGDC, UNAM. https://www.dgdc.unam.mx/libros/libros/libro/9786070266829

Suber, P. (2015b). *Acceso abierto*. Colección Cuadernos Institucionales. Universidad Autónoma del Estado de México. https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/otros/20150820022027/PeterSuber.pdf

Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). (2015). Acuerdo por el que se establecen los lineamientos generales para la Política de Acceso Abierto de la Universidad Nacional Autónoma de México. En *Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial (DGPyFE)*. https://publicaciones.unam.mx/servicios/sites/default/files/pdf/TUL_AcuerdoLineamientosGeneralesPoliticaAccesoAbierto10Sept15.pdf

Witter, G. (2022). Sólo necesita un poquito de trabajo. Sobre la edición del contenido. En P. Ginna (Coord.), *La labor del editor. El arte, el oficio y el negocio de la edición* (pp. 149-162). Fondo de Cultura Económica.

Zavala Ruiz, R. (2013). *El libro y sus orillas: Tipografía, originales, redacción, corrección de estilo y de pruebas*. Fondo de Cultura Económica.

Anexos: instantes y recuerdos de la práctica

2019



Imagen 1. Elaine Reynoso impartiendo una sesión durante el taller “De la idea a los medios digitales: comunicación pública de las ciencias y las humanidades” en las aulas interactivas de la CEIDE del 29 de agosto al 24 de octubre de 2019.



Imagen 2. Mesa "Intercambio de experiencias en el ámbito Académico Universitario 1", organizada por el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM el 20 de agosto de 2019. Disponible en línea: https://youtu.be/zAsUO6mfooU?si=ZesqrgndhB2Cr0xC.

2022



Imagen 3. VI Simposio de Revistas Científicas "Experiencias en nuevas formas de comunicar", organizado por la Universidad Nacional del Litoral (Argentina) el 13 de octubre de 2022. Disponible en línea: https://www.youtube.com/live/bB77fHzo-Cg?si=fOnZE5P2_a83akyi.



Imagen 4. Imagen promocional de las Jornadas de divulgación de las ciencias, las artes y las humanidades, llevadas a cabo el 20, 21 y 22 de octubre de 2022 en la ENES Morelia.



Imagen 5. Fotografía de los integrantes de la mesa redonda "¿Cómo divulgo? Procesos creativos y de escritura", con Fabiola Murguía Flores, Xicoténcatl Martínez Ruiz y Ana Claudia Nepote (presentadores) y Guillermo Murray (moderador), realizada el 21 de octubre de 2022 en la ENES Morelia.



Imagen 6. Algunos asistentes al "Minitaller de divulgación digital: recursos para todos los públicos", realizado el 21 de octubre de 2022 en el Centro Cultural Morelia.



Imagen 7. Imagen promocional del "Minitaller de divulgación digital: recursos para todos los públicos" en las aulas interactivas A101 y A102 de la ENES Morelia durante las Jornadas de divulgación.

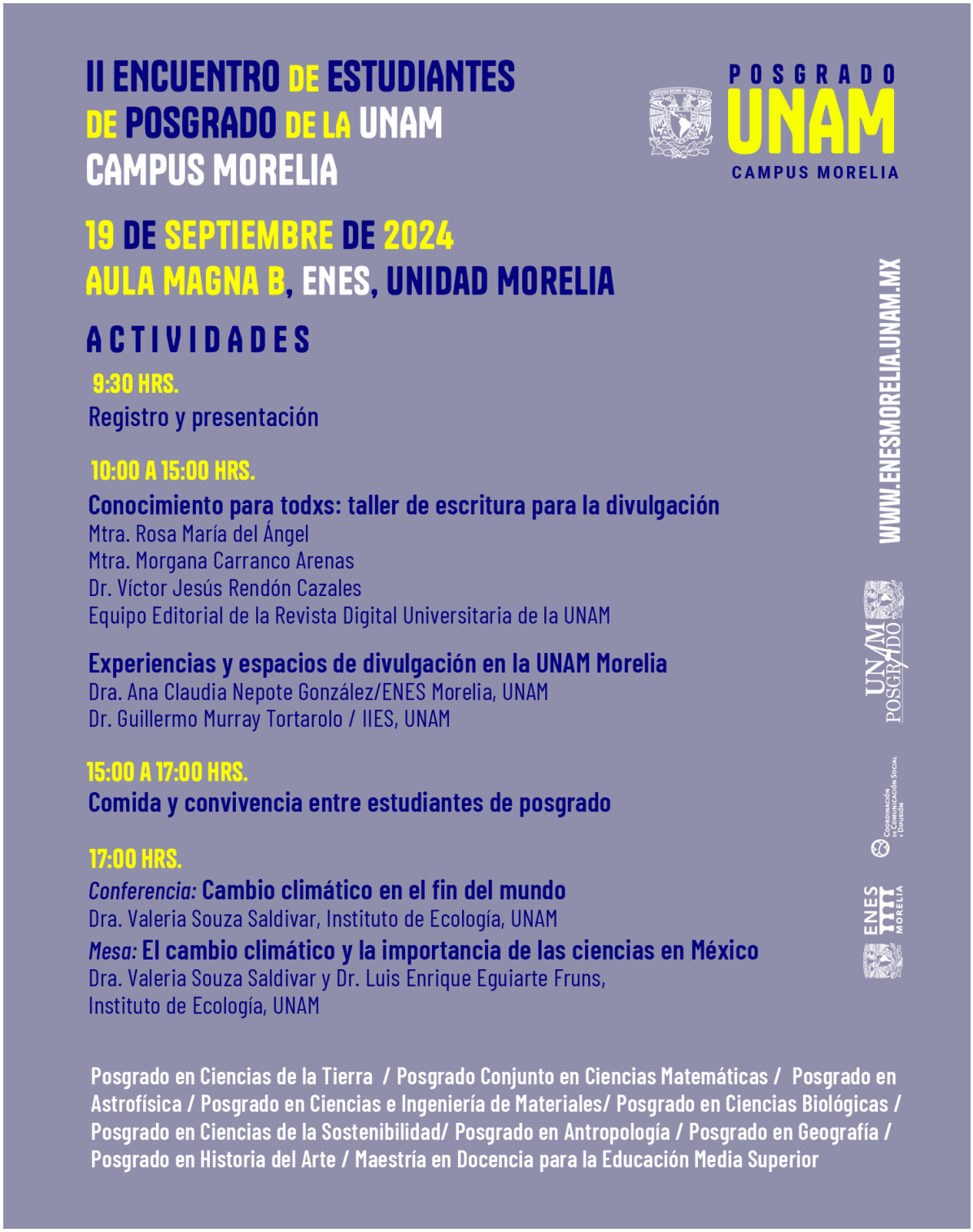


Imagen 8. Imagen promocional del taller “Conocimiento para todxs: taller de escritura para la divulgación”, realizado en el marco del II Encuentro de Estudiantes de Posgrado de la UNAM, campus Morelia, el 19 de septiembre de 2024 en el Aula Magna B de la ENES Morelia.



Imagen 9. Presentación de la *Revista Digital Universitaria* en la FILUNI el 29 de agosto de 2024.

2025



Imagen 10. Entrevista "25 años de *Revista Digital Universitaria*" en el programa de radio Habitare producido por Radio UNAM el 24 de marzo de 2025. Disponible en línea: https://www.radiopódcast.unam.mx/pódcast/audio/41717.



Imagen 11. Imagen promocional del conversatorio "25 años de *Revista Digital Universitaria*: pasado, presente y futuro de la divulgación en ciencias y humanidades", transmitido en Facebook Live el 25 de marzo de 2025 a las 17:00 h.



Imagen 12. Presentación de *Revista Digital Universitaria* en la FILUNI el 26 de agosto de 2025. Disponible en línea: https://www.facebook.com/share/v/1BAUengkut/.



Imagen 13. Fotografía publicada en el Facebook de la CEIDE anunciando el inicio del taller "Contar y conectar: estrategias para la divulgación", septiembre 2025, ENES Morelia.

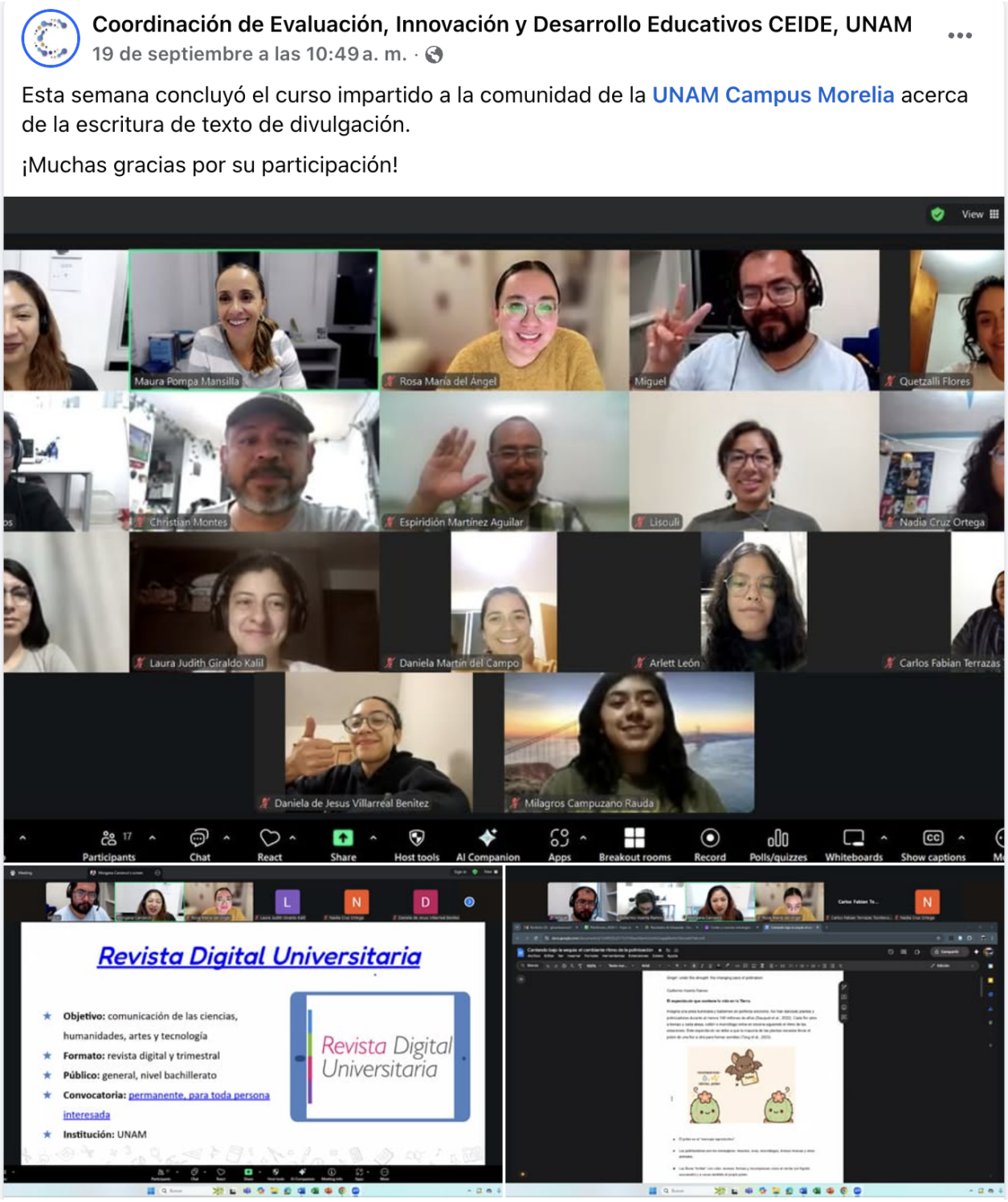


Imagen 14. Fotografía publicada en el Facebook de la CEIDE anunciando la clausura del taller "Contar y conectar: estrategias para la divulgación", realizado los días 3, 4, 5 y 18 de septiembre de 2025 en modalidad híbrida en ENES Morelia y sesiones asincrónicas en línea.



Imagen 15. Fotografía publicada en el Facebook de la CEIDE anunciando la presentación de *Revista Digital Universitaria* en la ENES Morelia, septiembre 2025.

Recursos institucionales

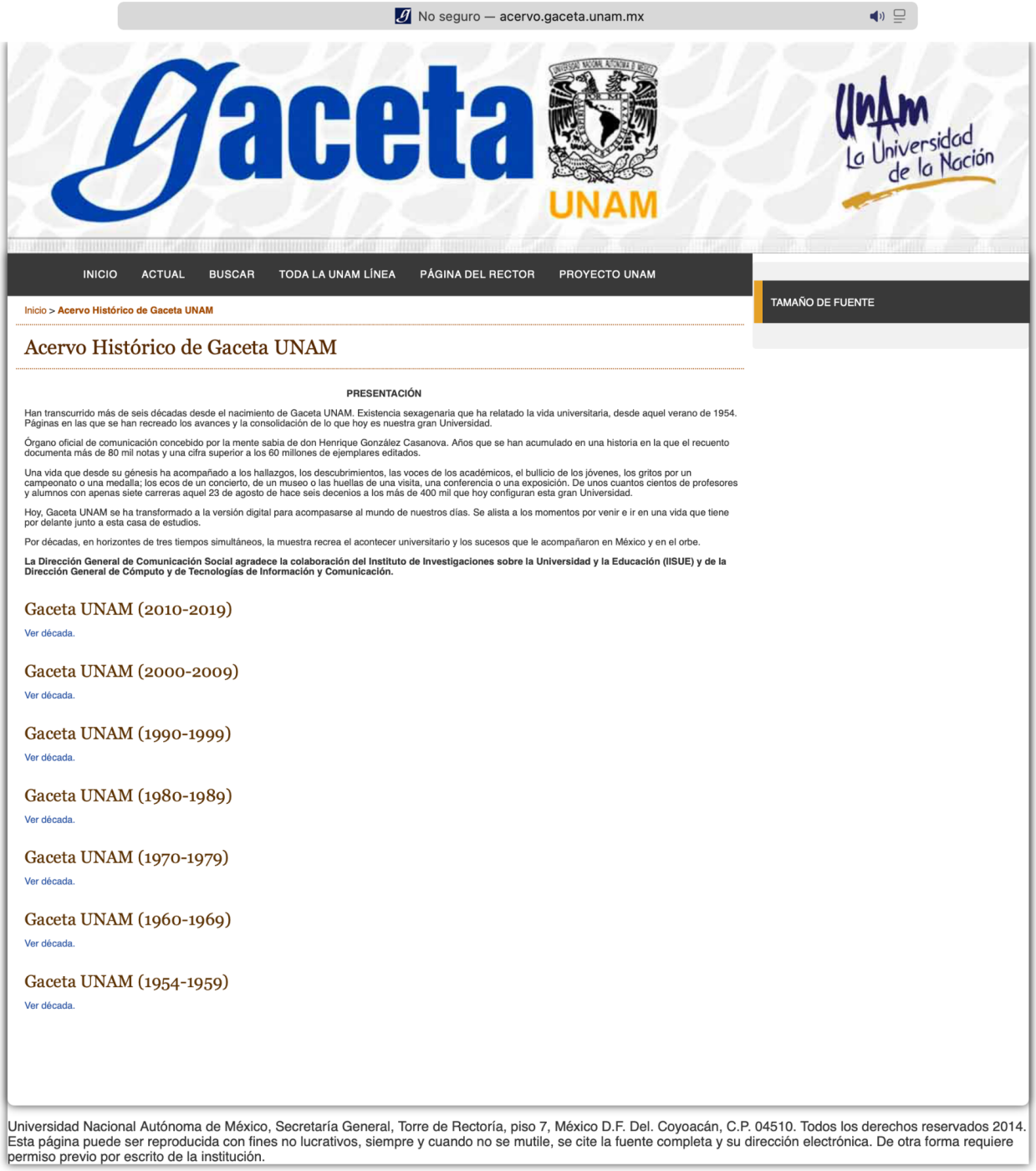


Imagen 16. Sitio del acervo histórico de la *Gaceta UNAM*: http://acervo.gaceta.unam.mx/index.php.



Imagen 17. Sitio del acervo histórico de la *Revista de la Universidad de México*: https://www.revistadelauniversidad.mx/archive/1930.

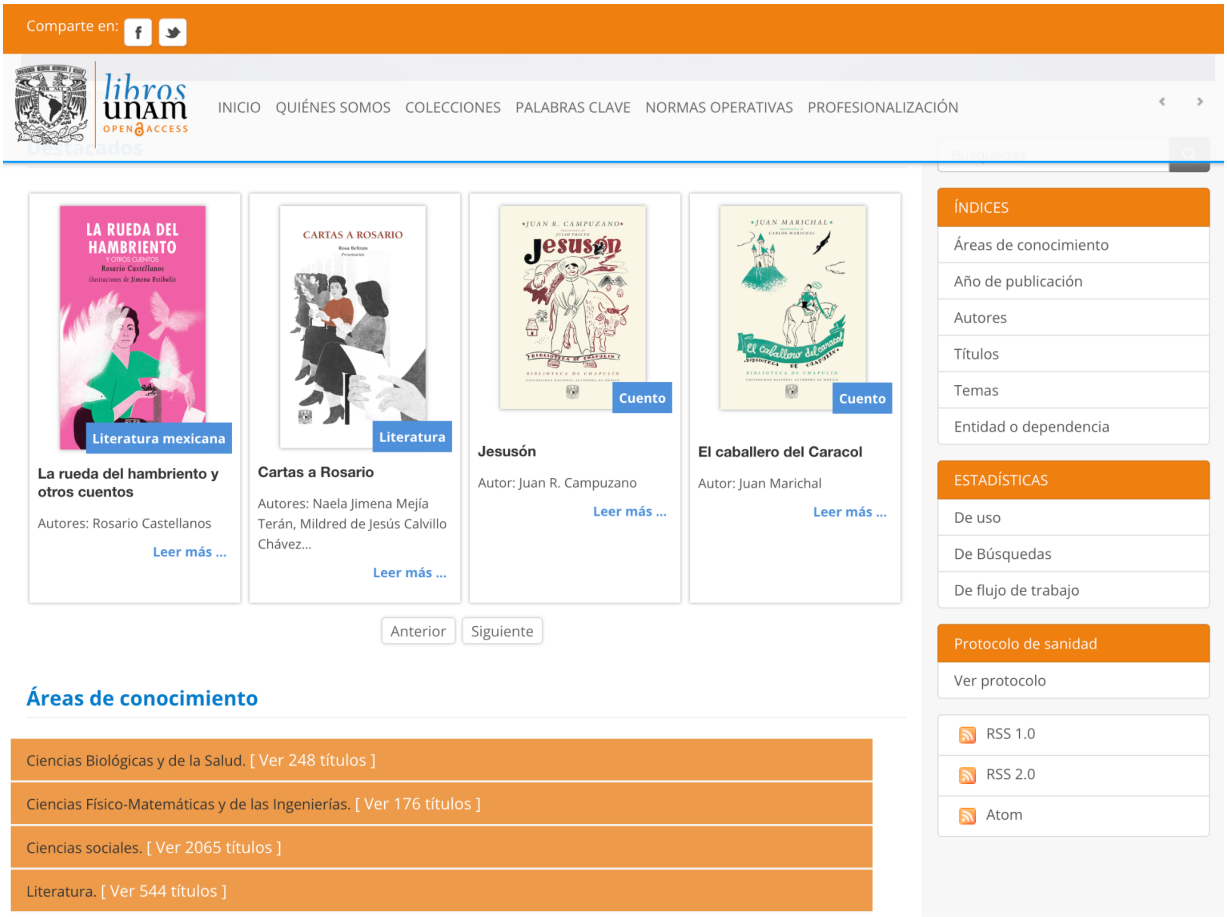


Imagen 18. Sitio *Libros OA*, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, UNAM: https://librosoa.unam.mx.

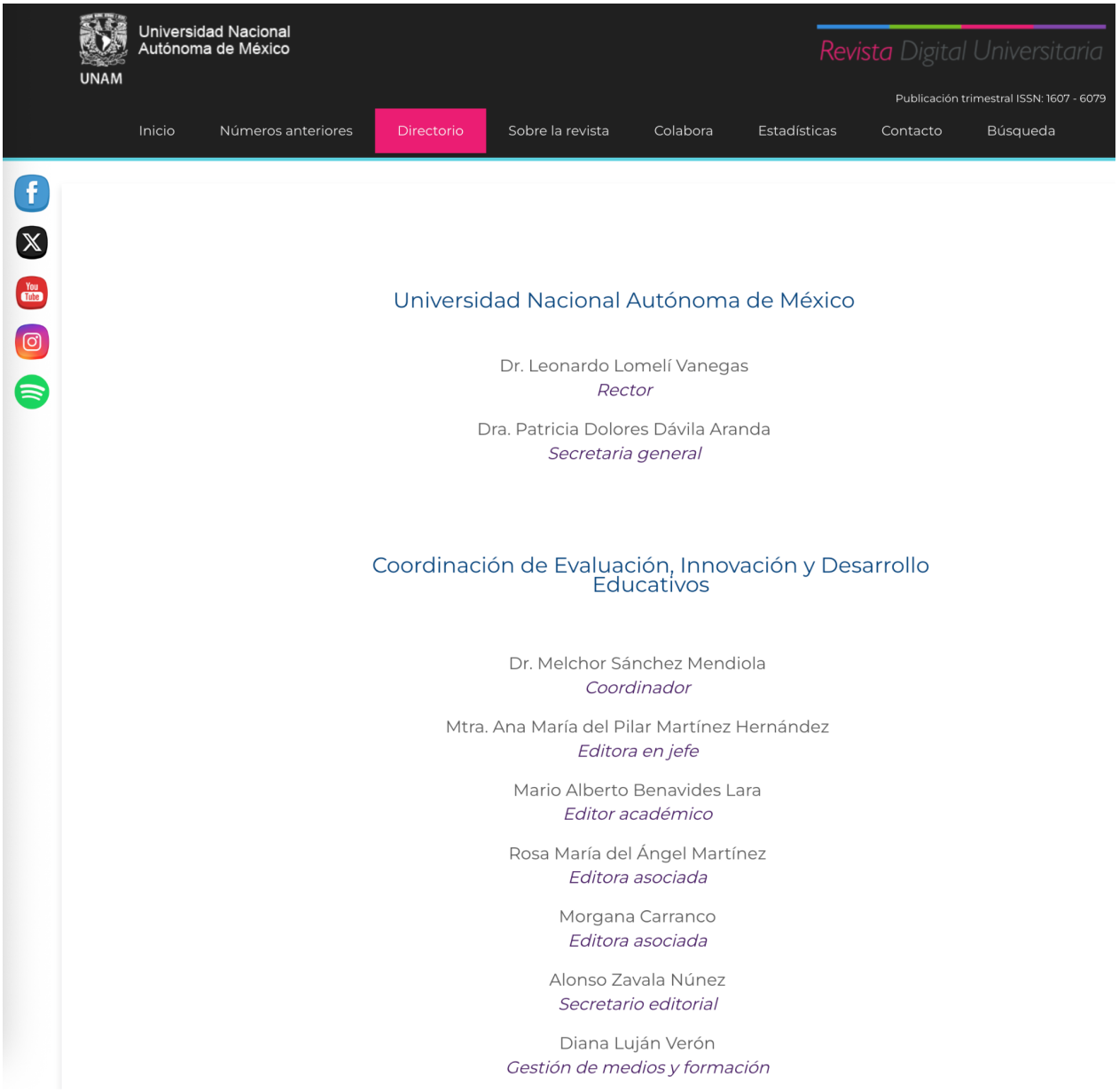


Imagen 19. Equipo editorial de la *Revista Digital Universitaria*: https://www.revista.unam.mx/acerca-de/directorio/.